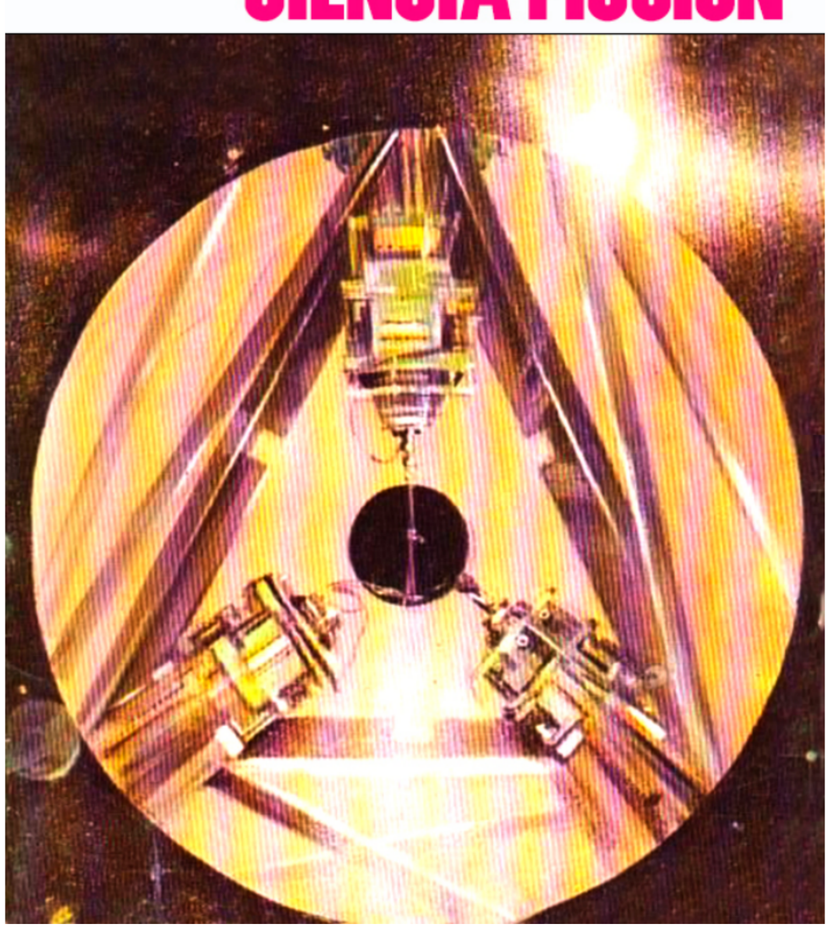
La conquista del ESPACIO

LOS DESCENDIENTES DEL ARCA

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Tío Jacob me enseñó el manejo de las armas mientras yo aprendí a caminar. Cuando me lanzó a un río para que nadase y apenas salí, me ordenó que arrojase mi primera granada de mano.

A. Thorkent

Los descendientes del Arca

Bolsilibros: La conquista del espacio - 569

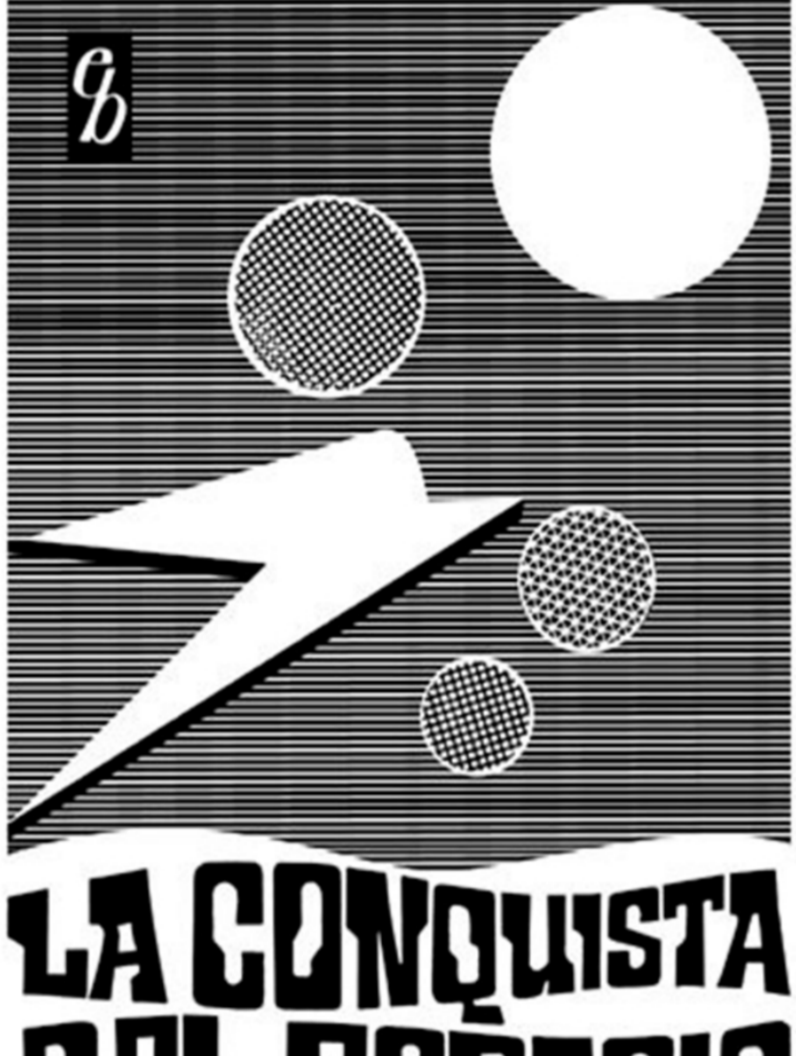
ePub r1.0

Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

LOS DESCENDIENTES DEL ARCA

A. THORKENT

CAPÍTULO PRIMERO

Tío Jacob me enseñó el manejo de las armas mientras yo aprendí a caminar. Cuando me lanzó a un río para que nadase y apenas salí, me ordenó que arrojase mi primera granada de mano.

Bueno, no estoy seguro si fue así, pero creo que sucedió más o menos de esta forma.

Resumiendo, era un muchacho de quince años y conocía en profundidad las armas de las que debía valerme para supervivir en aquel mundo. Hasta entonces no me dejó que buscase chicas.

Me llevó a otras viviendas, lejos de la nuestra, y en un lugar neutral, en medio de una celebración, me dijo que sólo podía acostarme con las muchachas que llevasen un pañuelo verde al cuello. Las que usasen el color azul estaban comprometidas formalmente o tenían una cita concertada previamente. Riendo, añadió que las que lucían un pañuelo rojo estaban en plena menstruación y no querían ser molestadas o advertían al chico de lo que les esperaba si no eran escrupulosos.

Las fiestas que se celebraban en los valles siempre me habían gustado. Allí había vino, muchachas y alguna que otra pelea. Claro que estaban prohibidas las armas de fuego o blancas. Sólo los puños se permitían.

Y más de una vez regresé a casa con el tío Jacob con un ojo morado o un brazo roto.

Pero tío Jacob me animaba diciendo que eran cosas de hombres. Por suerte tenía una gran habilidad para curarme.

Hacía ya años que había dejado de asustarme diciéndome que si me portaba mal me entregaría a los mercas. Cuando vi a un merca en el punto de mira de mi rifle de precisión me asusté un poco. Pero a mi lado tenía a Jac, quien me animó. Me explicó dónde tenía que apuntar y me indicó el momento que debía apretar el gatillo.

Temblé un poco cuando disparé. Al volver a mirar por el

telescopio montado sobre el cañón, estrangulé un grito de alegría al ver al merca caer al suelo con la cabeza reventada por la bala explosiva.

Quise correr hacia mi primera víctima y arrebatarle las armas, pero tu tío me dijo que no, que los mercas solían ir siempre acompañados.

Esperamos. Al cabo de un rato y después de cambiarnos de posición, aparecieron dos mercas más. Avanzaban con cuidado, mirando hacia todas partes. Seguramente habían estado espiando, con la idea fija de que el matador de su compañero aparecería para apropiarse de las armas y municiones. Cuando al fin se decidieron aparecer fue el momento que esperaba mi tío para actuar.

Ambos disparamos al mismo tiempo. Yo lo hice un poco precipitadamente y mi bala destrozó el brazo derecho del merca que elegí. Jab lo remató colocándole un disparo en una horrible nariz.

Aquel día regresamos a casa con tres rifles, dos pistolas, abundante munición y alimentos concentrados.

Tío Jacob fue al hogar de nuestro vecino Felipe Delgado y a cambio de unas docenas de cartuchos obtuvo un plato desplumado, que él cocinó en nuestra casa, mientras yo establecía las alarmas, daba de comer a los perros y los alertaba para que nos cuidasen aquella noche.

—Seguramente esos mercas tenían el vehículo cerca —mascullaba el tío mientras masticaba—. Pero no podía estar seguro si había más. ¿Sabes cuánto nos hubieran dado por un coche blindado en la Feria próxima, sobrino?

No lo sabía y respondí que no con la cabeza.

—Un montón de dinero, demonios. Dinero de los satis. Habríamos conseguido planchas para blindar nuestra casa por el ala norte, ropas de invierno, una ametralladora y hasta un bazooka ligero. Además nos habría sobrado para comprar un par de chicas a algún afra. Porque todavía me siguen gustando las mujeres, ¿sabes?

Yo asentí. Claro que lo sabía Jac, solía visitar a menudo a la vecina Cornelia, a dos Horas de camino hacia el este, Era una cuarentona de buen ver, con grandes pechos, como le gustaban a mi tío según afirmaba él cuando un poco bebido me contaba sus andanzas amorosas.

Recogí los platos y los eché en el fregadero. Ya los lavaría por la mañana. Estaba cansado y deseaba tumbarme. En la cama lié un cigarrillo y fumé despacio. El tío llenó su pipa y la encendió con parsimonia… Durante un rato estuvo limpiando las armas conquistadas.

—Son buenos los rifles que tienen esos perros mercas —masculló, limpiando un arma con un trapo grasiento—. Cada vez los hacen mejores, más potentes. Y sus vehículos son más grandes y poseen blindajes excelentes: Debemos reconocer que son buenos obreros.

—Daniel, el hijo de Bruto el Largo me contó que su padre está asustado —dije.

—¿Por qué está asustado ese tipejo? —escupió Jac.

—Los mercas bajan a los valles muy a menudo. Cada año son más atrevidos:

—Pero nunca se atreverán a subir a las montañas, a las sierras —rió…

—Bruto el Largo vio una vez un vehículo que podía ascender por escarpadas laderas. Dice que fue es que acabó con la familia de Casimiro.

—Bah. No lo creo. Fue una partida muy numerosa de mercas, seguramente soldados jóvenes que debían hacer sus prácticas. Ya sabes cómo son los mercas.

Asentí. Sabía que los mercas sólo podían ser soldados o artesanos, obreros.

—Tío, ¿de veras hubieras vendido el vehículo para comprar cosas y dos chicas afras?

—Claro. Las mujeres afras tienen unos pechos tiesos, hermosos. Y sus caderas son redondas y… Además, poseen grandes dotes para no quedar embarazadas. Sólo cuando quieren.

—Usarán píldoras, como todas.

—No. Ellas usan otro método que mantienen en secreto, dicen. Yo me acosté con una hace dos años y lo pasé fenómeno.

—No tengo nada en contra de una mujer de piel oscura, pero me gustan más las rubias, pelirrojas y de piel blanca y cabellos negros.

—Cambiarás de opinión cuando sepas cómo se comporta en la cama una afra. Algún día bajaremos hasta el sur y en la costa las verás —rió—. E incluso las tocarás.

—¿Por qué no has tenido hijos, tío?

Vio que el gesto de Jac se ensombreció. Le conocía. Había hecho una pregunta que no le gustaba. Él siguió limpiando los rifles y luego continuó con las pistolas. Apagué el cigarrillo, me di la vuelta e intenté dormir.

A la mañana siguiente, el tío Jac me dio una de las pistolas. Era de largo cañón, muy hermosa. La culata era de madera oscura, muy dura. Tenía un cargador para doce balas, de calibre normal.

—Gracias —dije emocionado.

—Cuídala. Es una maravilla. Podrás usar munición nuestra o de los mercas. Y eso es una ventaja. Si te fijas verás que se puede adaptar fácilmente con sólo regular el ánima.

—Nunca había visto una pistola así.

—Yo tampoco —bufó el viejo—. Esos mercas poseen una tecnología muy sofisticada. Cada día parecen disponer de algo nuevo.

Le vi preocupado todo el día. Yo adapté una vieja funda de cuero para la pistola y con ella al cinto me sentí feliz.

Aquel día apenas nos alejamos del refugio. Cuidamos el huerto, recogimos verduras y salamos carne. El invierno estaba cerca y nuestra despensa sabía estar bien repleta para entonces. Jac dijo que Tomas nos había prometido algunas botellas de vino y de coñac, que nos debían desde la temporada anterior, cuando él se quedó sin municiones y nosotros les dimos dos cajas completas. Así pudo sobrevivir a un cerco de mercas que irrumpieron en los valles inesperadamente.

No me gustaba vivir en los valles. Compartía el pensamiento de Jac, que afirmaba que allí era peligrosa la existencia. Al igual que mi tío, me sentía a gusto en la sierra. Por eso nuestro apellido era Sierra, del cual me sentía orgulloso. No recuerdo a mis padres. Ellos murieron en una emboscada de los mercas apenas yo tenía un par de años. Jac me contó varias veces que su hermano, mi padre, quiso trasladarse más al norte, cuando un loco dijo que allí no había mercas y las tierras eran magníficas, además de que en una ciudad costera próxima desembarcaban los satis muy a menudo, con sus mercancías exóticas procedentes del continente Sur. También llegaban caravanas de afras y la vida era próspera.

Pero todo resultó un bulo. La caravana a la que pertenecían mis

padres fue asaltada por varias docenas de tanques, y blindados de los mercas y la matanza fue tremenda. Algunos escaparon, entre los que me encontré no sé cómo.

Nos perseguían los mercas y nuestros camiones estaban a punto de quedarse sin combustible cuando aparecieron gentes de las montañas y pusieron en fuga a los mercas que nos perseguían.

Jac me encontró y la mujer que me entregó le contó cómo habían muerto mis padres. Desde entonces me cuidó y enseñó todo lo que sé.

—Éste es un mundo asqueroso —solía decir al calor del fuego, fumando de su vieja pipa, que había heredado del abuelo—. Pero es más asqueroso porque tenemos que compartirlo con los mercas.

Yo sabía que los satis eran gentes deliciosas, de agradable aspecto, educadas y muy inteligentes. Eran muy parecidas a nosotros, pero de menos estatura, piel más pálida y ojos almendrados. Los afras eran altos, ágiles y esbeltos, de piel oscura, sonreían mucho y parecían tomarse alegremente la vida. Vivían en el Continente Sur y no frecuentaban mucho el nuestro, el del Norte. Nosotros, los uropes, somos guerreros y nos gusta poco trabajar la tierra, pero tenemos que hacerlo por tuerza. Claro que no pasamos de tener un huerto más o menos grande, ajustado a las necesidades de cada grupo o familia.

—Algún día iré a Sat, tío —dije.

—¿Para qué? No me gustan esas gentes. Son estirados y te miran por encima del hombro. Ellos dicen de nosotros…

—¿Qué dicen?

—Que no somos partidarios, que estamos siempre desunidos y eso algún día nos causará graves disgustos. ¡Incluso profetizan que terminaremos siendo exterminados por los mercas!

Aquel día me reí con ganas de semejante profecía, pero con el pasar de los años pensé que los satis no eran tontos y sabía predecir, por lógica, el futuro.

Creo que empecé a darme cuenta que nuestro pueblo tenía pocas esperanzas cuando cinco años más tarde los mercas irrumpieron en nuestras tierras.

Pero sin adelantar acontecimientos debo seguir cuando yo tenía quince años y se acercaba el invierno.

Dos días después, ya con alguna ropa de abrigo, salimos de

excursión. Como siempre, teníamos el pensamiento de cazar algo, algún antílope. Pero si se presentaba la ocasión, también podía caer bajo nuestro punto de mira un merca.

Creo que yo siempre prefería un merca que cazar un animal de sabrosa carne. Al merca lo dejábamos que se pudriera y las alimañas lo devorasen, porque un urope nunca se comería un impuro merca, mientras que éstos no tenían ningún remilgo en asar un urope. O un sati o un afra.

Debo apuntar que los mercas eran caníbales y por eso nunca habían comerciado con ningún otro pueblo ni entablado ninguna clase de relación amistosa.

El mundo se dividía en dos. La parte ocupada por los mercas y los demás.

—Con una embarcación mediocre, incluso mala, se puede ir al continente de los afras, al Sur —contaba el abuelo aquella mañana mientras caminábamos por los valles—. Pero se debe disponer de una buena lancha o barco de hélice para alcanzar las tierras de los satis. Así, sobrino, olvídate de querer visitar algún día Sat. Además, ellos no te verían con buenos ojos.

—Son amigos de los uropes, ¿no?

—Sí, pero en nuestras tierras. Comercian con nosotros, apetecen las pieles que curtimos y nuestro oro y uranio. Nada más. A cambio nos dan armas, medicinas y comunicadores. Por cierto, Felipe compró un comunicador y se habla con sus parientes del otro lado de las montañas.

—¿Deberíamos tener un comunicador?

—¿Para qué? Nosotros no tenemos más parientes. Y hablar con Felipe no me seduce. Me gusta emplear el dinero de Sat en cosas más provechosas.

Nosotros los uropes nunca habíamos fabricado o acuñado dinero. Usábamos el trueque para comerciar, pero desde hacía mucho tiempo aceptábamos el dinero sati, unas láminas de duro plástico con determinados valores. Estaba respaldado por el poder económico de Sat y hasta los anárquicos afras lo tomaban, y cada vez con más entusiasmo.

Pese a que la tierra de los satis estaba a muchos kilómetros, mucho más al sur de Afra, conocíamos más de las formas y costumbres de vida de Sat que la de Merca.

Los mercas vivían en el norte, cerca de las tierras heladas. Eran seres horribles, tremendamente feos, corpulentos y devoradores de seres humanos. Tal vez por eso nosotros no los considerábamos como tales.

—Al principio no eran así, sobrino —me explicaba Jac cuando me refería a la brutalidad de los mercas—. Eran como nosotros, pero los dioses los castigaron en el viaje por las iniquidades que cometieron en la Tierra antes de los Viajes. Los dioses hicieron a los mercas demonios y los sumieron en la barbarie durante los años que duró su Arca en llegar hasta aquí. Cuando bajaron ya eran como esos monstruos por los que los conocemos. Nos odiaron porque nosotros no fuimos castigados como ellos, huyeron al norte y desde allí empezaron a combatirnos sin motivo alguno.

Las leyendas a que se refería el tío las conocía muy bien, pero nunca me cansaba de escucharle hablar de nuestros orígenes. Entré los uropes no había analfabetos, pero luego de aprender no seguíamos con el gusto de los libros. Los que yo tenía en la casa no los habría quemado durante un invierno, por supuesto, pero los abría poco.

Tal vez eso ocurría porque tenía pocos, no eran muy distraídos y los había leído más de una vez, por los que yacían en un estante, llenos de polvo desde hacía dos años.

Jac me enseñó a leer y a escribir, así como a sumar, restar, multiplicar y dividir. Una vez me propuso enviarme a la aldea, para que estudiase más. Me negué y como él no estaba muy entusiasmado con la idea de verse solo, no insistió.

Aquella fría mañana caminábamos por el valle grande. Allí había fieras salvajes, además de antílopes, esos bellos animales de ocho patas, con sus astas de hasta dos metros de largas.

Nunca habían llegado allí los mercas, pero cuando descubrimos las huellas de las ruedas de sus blindados nos pusimos en guardia.

Jac manifestó que lo mejor, sería alejarnos, porque eran más de seis blindados y no era cuestión de cometer tonterías.

Entonces escuchamos los disparos.

CAPÍTULO II

Tío Jac no era ningún loco y sabía cuándo se podía ser curioso.

Como estábamos en una buena posición y sólo teníamos que correr un poco para alcanzar una altura desde la cual podíamos observar lo que acontecía en los bajos, nos dirigimos hacia allí.

Mientras corríamos empezaron a tabletear ametralladoras y sonaron los secos estampidos de los cañones mercas.

Pensé que podía tratarse de una verdadera batalla. Por nada del mundo me la perdería, decidí.

Jac me empujó y ambos atisbamos desde lo alto del monte. Delante nuestro, en el llano, cinco blindados mercas hostigaban un convoy de camiones apenas acorazados. Ya ardían tres y justo en el momento que llegamos, un disparo hizo saltar a otro.

Vi como varias personas salían despedidas, como muñecos de trapo. Ardían mientras volaban y caía en el pasto. Luego se quedaban inmóviles.

Los camiones empezaron a desperdigarse y los blindados fueron cazándolos uno tras otro.

Fue una matanza y reprimí mis deseos de lanzarme abajo y correr hacia los mercas, disparando mis armas.

Claro que el tío no lo hubiera permitido, pero fue lo que sentí en aquel momento.

No podíamos saber si los atacados eran conocidos nuestros o se trataba de uropes procedentes del este o del sur, pero eran de nuestro pueblo y sentí ganas de llorar.

Al volverme vi que los ojos del tío estaban húmedos. Se sonó la nariz y me dijo:

—Vámonos de aquí.

Y lo hicimos porque seguramente él, y yo secundándole, habríamos terminado haciendo una tontería.

Echamos un último vistazo a la matanza. Los últimos camiones

habían caído bajo el fuego de los cañones y las ametralladoras. De los blindados salieron mercas que estuvieron durante un rato rematando heridos y cargando a sus vehículos los cuerpos no carbonizados.

A los mercas no les gustan la carne quemada.

El sol estaba alto, aquel astro rojizo, enorme, que parecía querer desplomarse todos los días sobre nosotros.

Descendimos con cautela. Aunque Jac había dicho que podían ser seis vehículos, no habíamos visto más que cinco. Tal vez él se había equivocado al contar las huellas de las cadenas, pero aquello hubiera sido extraño.

Sintiendo una fuerte opresión en el estómago seguí al viejo, maravillándome una vez más de su agilidad. Aún saltaba por entre las rocas, sorteando los arbustos, como un jovenzuelo inquieto.

De pronto alzó una mano y yo, como estaba previsto, me aposté detrás de un árbol con el rifle dispuesto. A pocos metros a nuestra derecha vimos dos mercas.

Les miré con odio, escrutadoramente. Eran como todos los mercas, de estatura mediana, robustos y brazos cortos y musculosos. Vestían sus uniformes pardos, con las cartucheras cruzándoles el pecho abombado. Llevaban sus machetes largos desenvainados con una mano y con la otra sujetaban la metralleta que colgaba del hombro derecho.

Sus cascos de acero y cuero, con las alas de bronce a los lados, eran grandes, como sus cabezas. Uno al volverse mostró unos instantes un rostro brutal, de piel cetrina y llena de bultos. Sus labios eran horribles, colgándole el inferior, que incluso me pareció ver que babeaba.

El tío Jac me lo había dicho muchas veces: los mercas padecían el castigo de los dioses, que sufrieron en su Arca durante el Viaje. Quisieron tomar las tierras mejores, quedarse con todo el mundo y por su ambición fueron convertidos en repulsivas copias de seres humanos.

Quizás por ese motivo los mercas odiaban a todos los pueblos. ¿Y se los comían por eso? El canibalismo de los mercas aún no estaba explicado. Ni siquiera los estudiosos satis lo sabían.

El continente que compartíamos con ellos estaba saturado de caza, de abundante carne. ¿Por qué tomaban prisioneros y los

sacrificaban para comérselos?

Yo pertenezco a la tercena generación nacida en este mundo. Mi abuelo nació durante el Viaje. Entonces los mercas se refugiaron en el norte, entre los hielos. Allí levantaron ciudades y construyeron fábricas. Entonces no eran caníbales.

Jac me había contado que antes que él naciera empezaron a bajar de las montañas cubiertas de nieve y combatieron a los uropes y también a todos los demás pueblos que se atrevían a pisar el Continente Norte.

Nosotros siempre habíamos considerado como nuestro aquel continente, pese a que las inhóspitas tierras del norte, eran de los mercas. Ahora nos estaban disputando la supremacía.

Pero volvamos al momento en que aquellos dos sucios mercas se alejaban de nosotros.

Se dirigían sigilosamente hacia la izquierda, como si hubieran visto algo.

Ellos no sabían moverse como nosotros, los uropes, tan silenciosamente por entre los bosques. Arman mucho ruido.

Seguramente seguían a alguien, tal vez, huido del convoy que estaban destruyendo los otros blindados.

Entonces sonó un disparo y un merca cayó de bruces. El otro se echó a la cara la metralleta y lanzó una ráfaga.

Escuchamos un grito.

El merca lanzó un grito de júbilo y corrió en dirección a dónde había salido el grito.

El tío y yo le seguimos con cuidado. Sonó otro disparo y el merca saltó hacia atrás. Todavía no había caído cuando un segundo disparo terminó de abatirlo.

Pensé que eran dos humanos los que perseguían los mercas, porque uno había gritado, herido. Pero enseguida pensé que sólo era uno y éste había engañado a los mercas, haciendo creer a quien disparó la ráfaga que lo había alcanzado.

Jac se llevó las manos a la boca y emitió el graznido de un ave de rapiña de los valles.

Después de unos segundos escuchamos un graznido similar, aunque no muy bien imitado. Moví la cabeza, pensando que había contestado una mujer y el sonido le había salido demasiado agudo.

Después de asegurarnos que no había más mercas, nos dejamos

ver.

Pasamos por encima de los mercas y yo les quité las armas.

Se movieron unos arbustos y casi grité de asombro cuando vi salir a una muchacha, casi una niña. Entre sus manos el rifle parecía una monstruosidad.

Jac sonrió y me dijo que le ofreciese las armas de los mercas.

—Son tuyas. Te pertenecen —dijo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la chica. No tendría más de catorce años, pero estaba muy bien formada y pese a que las lágrimas se le habían secado y tenía la nariz colorada, era muy bonita.

Me gustó y yo avancé hacia ella.

Dije:

—Soy Tadeo Sierra y él es mi tío Jacob Sierra. Pero puedes llamarme Tad.

Se mordió los labios y miró con aprensión alrededor.

—No te asustes —sonreí—. No hay más mercas por aquí. Están al otro lado del monte, lejos. Si hubiera más, Jac no estaría tan tranquilo.

—Es cierto —rió mi tío—: Tengo un buen olfato y los mercas huelen. Pero será mejor que nos marchemos, porque tal vez esté rondando un blindado por ahí.

—Eso es. Tío Jac dijo que había seis y sólo hemos visto cinco.

Ella se pasó la mano por la nariz, limpiándosela. Se echó el rifle a la espalda y dijo volviéndose:

—Venid.

La seguimos. Atravesamos una parte del bosque, salimos a un claro y allí vimos un pequeño blindado merca. Nos quedamos mirándolo con la boca abierta.

Cuando descubrimos el cadáver de un merca, Jac gruñó:

—El viento sopla de espalda. Por eso no lo olí.

Miré a la chica sorprendido.

—Lo has matado tú también, ¿no?

—Sí.

Mientras reconocía el blindado, Jac dijo:

—Es el sexto, no cabe duda. Y tú sólita te has cargado a tres mercas. Aún no nos has dicho quién eres y de dónde vienes, muchacha.

—Estaba un poco apartada del convoy y escuché los disparos. Ya no podía hacer nada y este blindado me descubrió. Los mercas que lo ocupaban, tres, debieron pensar que me cogerían viva y me siguieron hasta este bosque.

Tragué saliva. Cuando los mercas veían a una mujer antes de matarla les gustaba divertirse con ella un rato. La chica no me dejó seguir meditando, porque añadió apresuradamente:

—Mientras corría delante de ellos, escuchando sus risas y obscenidades, estaba dispuesta a pegarme un tiro antes de caer viva en sus garras. Pero pensé que antes mataría a alguno. Abatí al conductor de un tiro de suerte. Los otros dos se enfurecieron y bajaron para cazarme. También los engañé.

Jac se había subido al blindado y trasteaba por él.

Bajó y dijo:

—Debían ser novatos, pero de todas formas lo que ha hecho tiene gran mérito. Muchacha, el vehículo y las armas son tuyas, según las leyes de los uropes.

—Mis padres han muerto… Iban en el convoy…

Jac no quiso mirarla de frente.

—Seguramente. Mi sobrino y yo hemos visto esos monstruos, acababan con todos. Ahora debes marcharte de aquí cuanto antes. Por cierto, ¿adónde os dirigíais?

—Procedemos de la costa y queríamos levantar una aldea en el oeste. Nos aseguraron que eran excelentes tierras y las visitas de los satis eran constantes.

—¡Tonterías! Nadie va al oeste ahora, porque los mercas bajan precisamente allí actualmente. Bueno, ¿qué esperas para marcharte?

Habíamos arrojado al interior del blindados las armas. Descubrí en la mirada de Jac cierta envidia ante el trofeo que había obtenido la chica. Pero yo pensé que ella no le daba la menor importancia porque aquel día había perdido para siempre mucho más. Estaba sola y la vi tremendamente desamparada.

—No sé conducir un vehículo —dijo ella bajando la mirada—. Pueden quedarse con todo.

Empezó a dar media vuelta cuando mi tío reaccionó y la detuvo tomándola por un hombro.

—Quieta ahí, pequeña. Yo soy capaz de llevar este trasto hasta

nuestra casa, allá en lo alto. Tú no puedes andar por ahí sola. Ven con nosotros y más tarde, otro día, podrás marcharte si lo deseas. Pero yo soy un urope honrado y no consentiré que me regales algo que vale un montón de dinero.

Subió al blindado y puso el motor en marcha. Tenía un ruido sordo. Jac dijo que era un modelo nuevo y que le sería fácil llevarlo hasta lo alto de nuestra montaña. Ayudé a la chica a subir y nos acomodamos en el asiento trasero. Yo miré durante un rato la ametralladora giratoria. Era hermosa, reluciente. Abajo había varias cajas de municiones. ¡Aquello valía una fortuna!

—¡Por el Arca! —exclamó tío Jac—. Y el depósito está lleno de combustible. Muchacha, lo que has hecho es una proeza. Dentro de unos días, cuando te enseñe a conducir este trasto y tú vuelvas sola al interior, a las aldeas, dejarás enmudecidos a muchos fanfarrones que se ufanan de haber dado muerte a muchos mercas.

En aquel momento aborrecí a tío Jac. ¿Por qué hablaba de que ella se marchase? Había dicho que sus padres habían muerto y aún no había hablado de que tuviese otros parientes. Se lo pregunté y ella respondió que no tenía más familia, que en el convoy también habían viajado dos tíos y tres primos.

—Aún no nos has dicho cómo te llamas, preciosa —dijo tío Jac mientras sacaba el blindado de los bosques y lo dirigía hacia el sur.

—Ana. Ana Valle —dijo ella.

Yo le apreté una mano.

—Bien venida, Ana.

Y luego me dediqué a vigilar. No estaba dispuesto a que los mercas nos sorprendieran. La hice después de izar la bandera roja con la gran U blanca. Si algún urope descubría el blindado no dispararía enseguida y dispondría de tiempo para asombrarse al comprender que lo habíamos capturado.

Jac conducía con orgullo, muy contento. Siempre había querido tener un vehículo. Sonreí. Si él quería conservar el blindado debería convencer a Ana para que se quedase con nosotros.

CAPÍTULO III

Ana se quedó con nosotros desde aquel día. Por la noche ella lloró y yo me eché a su lado. Sus lágrimas disminuyeron y al cabo de un rato se quedó dormida. Yo lo hice más tarde, sintiendo su cálido cuerpo junto al mío.

Si aquella noche no hicimos el amor, cuando transcurrieron unos días y Ana se acostumbró a nuestra vida en los montes y volvió a sonreír, me aceptó plenamente en su lecho.

Cinco años después, Ana y yo seguíamos siendo inseparables.

Al principio tío Jac torció el gesto, temiendo que yo terminara abandonándole, pero Ana y yo le queríamos y nunca planteamos el asunto de marchar a otro sitio.

Cuando Jac quería compañía femenina iba solo por ahí, buscando sus viejas amigas. Y durante las ferias periódicas le acompañábamos y él conquistaba a alguna mujer. Nunca fuimos más felices.

El poseer un blindado capturado intacto a los mercas nos hizo muy populares entre los vecinos y los aldeanos. Ana fue asediada al principio por varios muchachos, pero ella zanjó la cuestión atándose un pañuelo azul en el cuello y agarrándose a mi brazo. Dejaron de molestarla y muchos me miraban con envidia mal disimulada.

Ana se había convertido en una hermosa mujer, esbelta. Su figura se realzaba con los ajustados pantalones de piel que ella misma se confeccionaba. Pocas veces usaba camisa de verano y yo me extasiaba mirando sus pequeños pero duros pechos bronceados.

Durante algún tiempo, dilatado, los mercas dejaron de merodear aquellas tierras que siempre habían sido del dominio de los uropes. Si los satis y afras habían dejado de comerciar con nosotros, asustados por las frecuentes incursiones de las gentes del norte, cuando cesaron las hostilidades volvieron con sus barcos y camiones

a reemprender el negocio.

Nosotros volvimos a adquirir combustible y de nuevo pudimos usar el blindado, que habíamos tenido parado algunas veces.

Los afras disponían en sus tierras de extensos yacimientos de pizarra y fabricaban una gasolina bastante aceptable. Se decía que los satis habían conseguido perforar pozos y estaban consiguiendo petróleo, como hacían los mercas desde hacía muchos años, tal vez desde que llegaron en su Arca.

Seguíamos conociendo poco a los mercas, de cómo vivían allá en sus gélidas tierras. Pocos uropes se habían arriesgado a llegar hasta ellos y ninguno había vuelto.

—Samuel Pino lo intentó hace tres años, después de la plaga que soportamos —dijo tío Jac una noche.

—Eso fue dos años después que encontramos a Ana, ¿no? —pregunté mientras comía un buen trozo de carne de venado.

—Sí. Sam perdió a toda su familia y estaba desesperado. Decía que esos mutantes estaban tramando algo y que era una locura que nosotros siguiéramos ignorando lo que pasaba en el norte. Así, un día tomó sus armas y echó a caminar. No creo que hubiera llegado muy lejos.

Ana nos miró un instante. Había dejado de comer y estaba muy seria cuando habló:

—Mi padre opinaba igual como Samuel Pino. Afirmaba que nosotros, los uropes, estábamos cavando nuestra fosa.

Jac levantó la mirada, sorprendido.

—¿Por qué decía eso?

—Somos demasiado independientes. Nos gusta vivir separados. Las familias quieren que el vecino más cerca esté a diez kilómetros al menos.

—¿Y las aldeas? Cerca tenemos muchas aldeas —protesté.

—¿Cuántas personas viven en cada aldea? La mayor no tiene más de diez familias, tal vez setenta o noventa personas. Somos débiles.

—Bah, no tenemos nada que temer. Los mercas no pueden ser muchos. En las Áreas viajaban casi el mismo número de personas. En tres generaciones la diferencia no ha podido ser ostensible. Y nosotros, pese al control de natalidad, nos multiplicamos rápidamente —miró a Ana primero y luego a mí y añadió

pícaramente—: Por cierto, ya lleváis casi cinco años juntos. ¿Qué esperáis para ir formando una familia? Este lugar es bueno y puede mantener dignamente una numerosa prole…

Me humedecí los labios. Había llegado el momento de que Jac se enterase de nuestros proyectos, ideas y temores.

—Ana y yo hemos discutido eso, tío. No queremos hijos por el momento.

Nos miró sorprendido.

Ana le dijo firmemente:

—He sido yo quien ha convencido a Tad, tío Jacob. Él quería que me quedase embarazada, pero le hice desistir.

—¿Pero por qué?

—Este lugar no es seguro y no quiero que ningún hijo mío viva con el temor de los mercas.

—¡Tonterías! Los mercas no se ven ahora. Les dimos una buena lección. Incluso esos blindados que aniquilaron el convoy donde viajaban tus padres y demás familiares fueron destruidos días más tarde, aunque no se pudo conseguir ningún vehículo intacto…

—Mis padres y todos los demás que formaban la expedición querían fundar una ciudad, una auténtica urbe, fuerte y segura, disciplinada.

Jac la miró como si estuviera blasfemando.

—¡Por la Tierra de nuestros antepasados! ¿Qué dices, muchacha? Ofendes a Dios y al Arca que nos trajo aquí. Mis bisabuelos salieron de un mundo superpoblado, sucio y contaminado. Buscaron un lugar donde cada ser humano tuviese su espacio vital amplio, vivir en contacto con la naturaleza. Lo que dices y pretendían esos hombres es… no sé. ¡No es natural! Es regresar a los errores que hicieron inhabitable la Tierra.

—Debemos adaptarnos a las circunstancias, tío Jacob. Tal vez viejas intenciones de los bisabuelos hubieran sido factibles; pero las cosas no sucedieron como se pensó. Los viajeros de un Arca enfermaron y cuando arribaron estaban enloquecidos por las radiaciones de su nave. Y sabes que me refiero a los mercas.

—Fueron castigados por Dios…

—¡Pamplinas! Ellos sufrieron un accidente durante el viaje. Partieron sus padres como seres humanos y los hijos descendieron en este mundo como bestias enloquecidas, mutadas.

Jac se limpió de grasa los labios con el dorso de la mano. Repentinamente había perdido el apetito. Empujo su plato y se llenó hasta rebosar de vino su jarra de barro.

—No puedo estar conforme con lo que pensaban hacer tus padres, Ana. Lo siento. Querer formar una ciudad es sólo el comienzo de todas las equivocaciones. Eso significa implantar leyes, nombrar líderes, someter nos más al dinero que a veces usamos para comerciar con los satis. ¡Supondría a la larga impuestos, abusos, injusticias, ejército, calles contaminadas y vicios, todo lo que dejaron nuestros antepasados en la Tierra!

Bajé la mirada. Jac no solía hablar mucho del otro mundo. Decía que era lo mejor, que dentro de una o dos generaciones toda la vieja historia de nuestros ascendientes sería sólo una leyenda, que incluso nosotros o nuestros hijos olvidarían que procedíamos de un planeta muy lejano que una vez fue hermoso y que posiblemente en la actualidad no existiría ya.

—Ellos no lo hacían por gusto, tío Jacob —dijo Ana dulcemente —. Todos los que componían la expedición estaban seguros que si no empezaban a poner remedio, a conseguir que los uropes fueran fuertes, los mercas terminarán exterminándonos algún día.

Jac soltó un gruñido y asintió.

—He escuchado eso a menudo últimamente, por ahí, por las aldeas. Lo que sucedió hace unos años ha preocupado a muchos, lo sé. Pero los mercas nunca se atreverán contra nosotros. Los uropes juntos con los satis y afras somos más que ellos, más numerosos.

—Los afras son más inconscientes que nosotros —replicó Ana—. Y los Satis se sienten seguros en su continente, que dispone para ellos solos. Viven lejos y sólo ellos disponen de barcos capaces de surcar el gran mar que nos separa. Pero a las islas que poseen los afras se puede llegar en una hora, en una barca podrida.

»Y los satis son egoístas, orgullosos. Si algo ocurriera en este continente que compartimos con los mercas, se replegarían a sus lejanas tierras y no moverían un solo dedo para ayudarnos.

Arrugué el ceño. Por una vez encontraba un fallo en la teoría que Ana me había contado tantas veces.

—Dices que los satis son los más inteligentes de todos los pueblos, ¿no? Pero no comprendo cómo ellos no nos ayudarían. Si los mercas acabasen con nosotros, ellos deben pensar que las

siguientes víctimas serían los satis. Tarde o temprano los mercas encontrarían la forma de llegar hasta su continente…

Ana alzó una mano, pidiéndome que la dejase hablar.

—Lo que voy a deciros será difícil que lo creáis. Incluso a ti nunca te lo he confiado, Tad. Pero el padre de mi padre confió a éste una vez que los satis poseen un gran poder destructor y si se vieran amenazados no dudarían en utilizarlo.

—¿Te refieres a las mitológicas bombas? —preguntó Jac a punto de soltar una carcajada.

—No estoy segura, pero seguramente se refería mi abuelo a las bombas de gran poder destructor.

Jac empezó a reírse y aquello me molestó mucho. Intervine.

—Tío, recuerda que tú me contabas cuando era un niño que los Satis fueron los únicos que consiguieron descender en este mundo con su Arca intacta. La nuestra llegó maltrecha y la de los afras se hundió en un pantano debido a su enorme peso. Sólo les quedaron unas secciones al descubierto que debido a la gran humedad se enmohecieron en pocos años. Nada sabemos de lo que consiguieron traer los Satis.

—Pero eso es ridículo porque ningún pueblo embarcó una sola bomba. Sólo se transportó armas ligeras y blindadas.

—Los uropes nunca fueron capaces de reproducir uno. Los que trajeron nuestros antepasados se fueron estropeando uno tras otros, mientras que los mercas los fabrican mejores cada día. Y los satis sólo nos proporcionan camiones y armas ligeras, no tanques ni cañones.

—Tal vez no lo sepan fabricar… —insinuó con poca convicción Jac.

—Nada de eso. Ocurre que los satis son pacíficos y sólo pretenden vivir en paz, pero mostrarán su verdadera faz llegado el momento.

El rostro de Jac empezó a enrojecer y no creo que fuera debido a la lámpara o al fuego que crepitaba en la chimenea.

—Estamos diciendo tonterías. Todo seguirá igual. Si alguna vez he dicho que este mundo es peligroso es sólo por culpa de los mercas. Estas tierras son seguras y son nuestras. Los mercas saben que somos valientes y estamos bien armados. No se atreverán a bajar de sus tierras heladas.

Ana protestó:

—Ya no viven sólo entre el hielo. Desde hace tiempo usan tierras más cálidas, unas tierras que les dejamos nosotros porque siempre preferimos la fertilidad de los valles y las montañas. Ahora no podremos arrebatárselas y pronto ellos nos disputarán las que poseemos.

Jac soltó una imprecación, dando a entender que aquella noche no quería discutir más. Se retiró a su habitación, donde cerró la puerta sonoramente.

Me encogí de hombros y dije de esta forma a Ana que tío Jac siempre había sido así y no le haríamos cambiar cuando se estaba haciendo viejo.

—Alguien debería ir al norte y ver lo que hacen los mercas —dijo Ana gravemente.

* * *

Al parecer los satis tenían un rey o algo así que los gobernaba, pero nadie estaba seguro en Urope. Y cuando alguien se lo preguntaba a un sati recibía una respuesta confusa e imprecisa.

Nosotros los uropes nunca hemos tenido jefe. Tal cosa habría sido acortar nuestra libertad. Nos sentíamos orgullosos de nuestra total independencia. Nunca habíamos peleado entre nosotros y teníamos bastante con combatir contra los mercas cuando éstos se volvían osados y bajaban al sur más de la cuenta.

Pero desde aquella noche compartí con más vehemencia los pensamientos de Ana, lo cual, obviamente, disgustó a mi tío, quien era terco en sus ideas.

El invierno llegaba y entonces ocurrió algo.

Estaba fuera de la casa, dormitando bajo el gran árbol, cuando los perros empezaron a ladrar. Ana salió de la casa y se puso a mi lado. Ella llevaba los rifles y me puso entre las manos el mío.

Miramos hacia el sendero y escuchamos el conocido ruido del motor del blindado. ¿Por qué ladraban los perros si era tío Jacob el que llegaba, de regreso al hogar después de tres días de viaje?

Cuando el blindado se acercó vimos que alguien le acompañaba.

No le conocía, pero cuando bajó del vehículo le observé. Era un

hombre de mediana edad, de poblada barba negra, robusto y armado hasta los dientes. Cojeaba ligeramente y lanzaba maldiciones a menudo. Parecía cansado.

Jacob nos lo presentó:

—Es Samuel Pino —dijo escuetamente.

Luego aplacó a los perros, golpeándoles con rabia.

—Entremos —dijo—. Sam está sediento.

Alrededor de la mesa, con vasos de vino y dos botellas, Sam empezó a hablar después de vaciar varias veces su copa. Su sed parecía no tener fin.

—Tú eres el que marchó a tierra Merca hace tres años —dije.

—Sí. Y escuchadme bien. Lo he contado muchas veces y me canso de repetir lo mismo.

Miramos a tío Jacob y él agachó la cabeza. Susurró, como avergonzado:

—Le he traído conmigo porque considero esto como una forma de pedir disculpas a Ana. Y a ti también, sobrino, porque la creíste. Encontré a Sam en la aldea próxima, reunido con los hombres y mujeres, instándoles a… Bueno, será mejor que él os lo explique.

Sam dijo:

—Accedí a venir porque conocía a tu tío antes que él te recogiese, muchacho, y también porque él me contó que tu compañera le había predicho días antes que los mercas supondrán en breve un serio peligro para todo el país de los uropes.

—¿Qué has visto en tierras mercas, Samuel? —preguntó Ana sirviéndole más vino.

—No quiero contar lo que me sucedió hasta que logré llegar hasta sus ciudades. Aunque podría escribir un libro, es lo menos importante.

»Lo vital es que pude incluso entrar en una de sus ciudades, una de las más industrializadas. Y si vais a preguntarme cómo logré engañarlos os diré que me fabriqué una máscara que simulaba a la perfección sus ásperos rostros mutados. Corrí un gran peligro, pero logré investigar lo que me había propuesto.

»Los mercas están bien organizados. Poseen una sociedad brutal, en la que sólo pueden sobrevivir los valientes y decididos, pero están disciplinados en cierto modo. Su jefe es un brutal tipo llamado Dronovan que los gobierna con mano de hierro.

»Poseen un verdadero ejército y tienen cientos de blindados, tal vez miles. Se han reproducido más de lo que podíamos suponer y sus descendientes son cada vez más brutales y monstruosos, pero también más sanguinarios y ansiosos de carne humana. Sólo comen animales cuando no logran capturar humanos. Incluso en el palacio de Dronovan existe una especie de granja donde crían humanos para sacrificarlos en las fiestas privadas del Jefe, que es así como sencillamente le llaman.

Me estremecí sin poderlo remediar y vi de reojo que Ana palidecía un poco, aunque ella no era ninguna timorata. Ninguno habló. Sam siguió hablando después de beber otra copa.

—Conozco su lengua, que es parecida a la nuestra. En un momento dado incluso entablé conversación con un merca que no parecía muy listo, pero que me puso al corriente de los planes del Jefe Dronovan. Fingí llegar de una aldea para incorporarme al ejército y no sospechó al principio. Luego, cuando desperté sus recelos, le maté y escapé.

»Ése merca me contó que Dronovan está preparando un ejército para invadir el sur. Las incursiones de hace tres y cinco años sólo fueron un juego para los que están disponiendo. Entonces sólo fue un ensayo. Ahora será en serio.

»Durante meses tuve que esconderme en el campo y los montes. Mi disfraz se estropeó y sólo ocultando la cara y fingiendo la forma de caminar de los mercas podía algunas veces ir dirigiéndome al sur. En más de una ocasión estuve a punto de perder la vida. Pero los Dioses me acompañaron y por el Arca que debo gozar de su favor para estar de nuevo aquí y poder advertir de la amenaza que nos acecha.

Jacob miró a Ana y humildemente le dijo:

—Tenías razón, muchacha. Siento haberme burlado alguna vez de ti.

Ella le respondió con una sonrisa.

—No tiene importancia, tío Jacob. Ahora lo importante es prepararnos. Samuel, ¿cuándo crees que los mercas nos invadirán?

—Pronto. Dentro de unos días, o unas semanas. Tal vez, como mucho, apenas llegue la primavera.

—Como máximo dentro de cuatro meses —añadió Jac.

—Pero de todas formas encontrarán una actitud propicia, para

ellos —dijo Sam lúgubremente.

—¿Por qué? —le pregunté.

Él abrió las manos y gimió, mirándonos con desesperación.

—He recorrido varias aldeas, visitado todas las familias que me encontraba y con gran paciencia conté todo lo que vi. Nadie me cree. A lo sumo, me aseguran que puedo contar con ellos, que acudirán cuando los mercas lleguen. ¡Pero no es eso, no, es así como podremos defender nuestro país!

—Sam tiene razón —dijo Ana—. Sólo lograríamos sobrevivir si formamos un ejército, nombramos un jefe y montamos vigilancia en todos los puntos lógicos por donde los mercas puedan avanzar. Incluso tendríamos que pedir ayuda a los satis y a los afras. A los satis debemos pedirles armas y cañones, camiones. Hasta blindados. Estoy segura que tienen blindados. Los afras son buenos guerreros y valientes. Cuando han tenido que combatir a los mercas no han huido. Podríamos aliamos con ellos.

Miré a. Ana. Y sus palabras no me sonaron a herejía.

Los uropes tensan que prescindir por algún tiempo, o tal vez pata siempre, de su forma de vida a la que eran tan adictos.

¡Había tan poco tiempo! Comprendí la desesperación de Sam.

Pero aquel aventurero ya tenía tres personas que confiaban en él, que le creían ciegamente.

CAPÍTULO IV

Dije de súbito, tal vez más que nada para romper el agobiante silencio:

—Los de Sat predijeron hace tiempo que los uropes, como pueblo, corrían peligro.

Todos me miraron sin comprender.

—Debemos ir en busca de los satis —añadí.

—¿Para qué? —interpeló Sam—. Se reirían de nosotros.

—No lo creo. Si los mercas siguen bajando hacia el sur y algún día nos vencen, la franja de islas de los afras no será obstáculo para ellos. Tarde o temprano alcanzarán el continente de Sat.

—Entonces utilizarán las bombas —rió Sam—, si verdaderamente las poseen.

Tío Jacob soltó un gruñido y empezó a llenar su pipa.

—Esas bombas son peligrosas. Si los satis las hacen estallar ellos pueden morir, también. Son inestables. Y nadie puede asegurar que después de tantos años aún estén en, condiciones:

—Tadeo no ha dicho ninguna tontería. Debemos ir ante los satis y Sam contarles lo que ha visto con todo detalle —dijo Ana.

—¿Y quién puede llegar a Sat? En Urope nadie tiene una lancha o barco con la suficiente autonomía. Y los afras sólo disponen de míseras canoas —exclamó Jac.

—Pero los satis poseen factorías en la costa —murmuró, pensativo, Sam—. Están sólo a cuatro jornadas de aquí yendo en el blindado. Conozco a un sati, llamado Kiunfai, que dirige una factoría.

—No confíes que esté allí aún —le recordó Jac—. Sam, hace tres años que faltas. Y ellos renuevan a menudo los que comercian con nosotros.

—Pero tengo una carta de recomendación de Kiunfai. Su sustituto me recibirá cordialmente. Si algo tienen en exceso los satis

es la educación.

—Magnífico —dije—. ¿Cuándo partimos?

* * *

Lo hicimos al día siguiente. Cerramos bien la casa y soltamos a los perros, dejándoles bastante comida. Cuando se les acabase ellos cazarían liebres locales. Lo último que harían sería alejarse mucho de allí. Estaban bien amaestrados.

Condujimos por turno todos, excepto Sam, que no había aprendido aún. Ana lo hacía de maravillas, aunque le gustaba con exceso pisar el acelerador.

En casa de Felipe obtuvimos gasolina. Jac le pagó con el último dinero que nos quedaba de los satis. Felipe no tenía vehículo, pero tampoco generador y usaba la gasolina para sus lámparas. También fabricaba bombas llenando botellas de bencina. Se decía que tenía siempre dispuestas unas pocas. Su casa estaba en lo alto de un escarpado y desde allí dominaba todos los accesos de aquella parte de la sierra. Felipe vigilaba un buen bastión y con sus hijos y mujeres formaban un aguerrido grupo.

Después de comer con la familia de Felipe reemprendimos el camino. Queríamos aprovechar las horas de luz que restaban del día.

Conducía de nuevo Ana y Jacob, gruñendo, dijo:

—Creo que ¡legaremos antes de lo previsto. Si no caernos por algún barranco, claro.

Ana le respondió con una sonrisa y un acelerón que hizo maldecir más fuertemente a mi tío.

Dos días más tarde avistamos la costa. Durante el viaje no perdimos el tiempo Con cada granja y familia que nos encontrábamos, Sam contaba lo que había visto en su incursión al norte. Por las miradas de sus oyentes comprendí que no le creían o no querían creerle. Pero en todos dejó Sam cierta intranquilidad, lo que resultaba bastante.

Desde lo alto de una loma vimos la factoría de Sat y su puerto.

Las edificaciones de los satis eran pequeñas y muy hermosas.

Construían en madera, que pulían y luego pintaban con tonos

delicado. Rodeaban un amplio puerto construido con hormigón y tablones, en donde estaban atracados varios barcos cargueros de desigual tonelaje. Era la primera vez que yo veía barcos satis. Atrajo mi atención uno de más de sesenta metros de eslora, blanco, brillante. Su chimenea estaba en la pepa y era estilizada.

—Plástico —escuché decir al tío, que era quien había estado conduciendo—. Nuestros amigos satis ya fabrican plástico. Pronto dispondrán de aviones, tal vez.

—Pueden hacerlo —dijo Samuel—. Ellos no perdieron los archivos que trajeron en su Arca, como ocurrió con la nuestra, ¿no? Sólo necesitan tiempo y tranquilidad. Disponen de ambas cosas.

Alrededor de la factoría se levantaban algunas tiendas urope, y aparecían aparcados varios camiones y dos o tres vehículos blindados. Sólo uno de éstos era el resultado del botín obtenido de los mercas. Los otros mostraban su manufactura sati. Más lejos estaban los carros tirados por los pesados animales nativos que fueron domesticados pronto y tenían cierta semejanza con los bueyes terrestres.

El sendero que bajaba hasta la costa desde los montes era estrecho y polvoriento, pero había llovido recientemente y estaba un poco blando.

Nos detuvimos delante de la entrada de la factoría. Allí montaban guardia dos satis, con sus túnicas azules y holgadas. Unos cinturones de cuero las sujetaban a la cintura. Llevaban metralletas y unos gorros negros con larga visera roja.

Los satis hablaban nuestra misma lengua, aunque de vez en cuando usaban algunas palabras extrañas. Pero se les entendía muy bien.

Nos miraron con sus estrechos ojos y al cabo de unos instantes nos sonrieron ambos guardianes y uno de ellos preguntó:

—¿Qué queréis?

—Hablar con el honorable Kiunfai —dijo el tío Jacob.

—Kiunfai ya no está al cargo de ésta factoría. Regresó a Sat hace casi un año —replicó el centinela.

—Entonces quiero ver a su sustituto. Tengo una carta de recomendación del honorable Kiunfai.

Un sati se llevó a los labios un comunicador y habló en voz baja. No le entendimos nada, pero se volvió y nos dijo:

—El honorable Jonluot les recibirá.

Vio que el tío abría la boca asombrado, como si no esperase tanta facilidad.

Más tarde, cuando estuvimos en el acogedor despacho de Jonluot y éste habló, comprendimos a qué se debió tanta premura en acceder a recibirnos.

—Apenas me avisaron que se acercaba un blindado con bandera urope les estuve observando desde aquí —nos indicó una pantalla de televisión—, y cuando a Samuel Pino, dije que le dejaran pasar.

Eché un vistazo al televisor, que mostraba la entrada de la factoría. Nunca había visto ninguno, pero sabía que existían. O mejor dicho, existieron en la Tierra. De todas formas resultaba una sorpresa descubrir que los satis los usaban.

—¿Me conoce? —preguntó Sam con mal disimulado orgullo.

—Hasta mí llegaron rumores de usted, señor Pino —asintió el sati, nos indicó que nos sentáramos alrededor de una pequeña mesa —. De un hombre que había permanecido tres años vagando por territorio merca y había regresado milagrosamente con inquietantes nuevas.

Entró una mujer sati, pequeña y delicada. Nos saludó con pequeñas reverencias y dejó sobre la mesa una bandeja de plata con pequeños vasos de cristal y una botella de largo cuello.

Escanció licor en los vasos y nos lo fue ofreciendo. Cuando se retiró sigilosamente, el honorable Jonluot, dijo:

—Es sake. Desde hace dos años obtenemos arroz y conseguimos un licor bastante estimable.

Particularmente no me gustó, pero sonreí amablemente, imitando a Ana que incluso lo ponderó un poco exageradamente.

—Señor Pino —dijo el honorable—, mis superiores le agradecerán que usted redacte un concienzudo informe de sus interesantes experiencias en el norte.

—Nosotros hemos venido aquí para algo más que entregarle un informe, Jonluot —dijo secamente mi tío.

Jonluot enarcó una ceja y dejó cerca de sus labios el vasito.

—Explíquese —le pidió.

—Jacob tiene razón —intervino Sam—. Usted imagínese todo lo peor respecto a los mercas y se quedará corto. ¿Me entiende? Más tarde Sam puede precisarle todos los datos que quiera, pero ahora

lo importante es que ustedes y nosotros tomemos unas medidas que conjuren el peligro merca.

El sati se reclinó en su asiento, cruzó las manos sobre el pecho y dijo serenamente:

—Les escucho!

* * *

Al cabo de dos horas de conversación, en la cual en más de un momento mi tío empezó a perder la paciencia ante la pasividad del sati, éste nos rogó que nos considerásemos sus invitados aquel día.

Una mujer satis nos condujo a nuestras habitaciones. Ella quiso dejarnos a los hombres en una y Ana en otra, para ella sola, pero le insistí que no nos separaríamos. Con una sonrisa comprensiva, nos llevó a otra mayor, que daba al mar.

Cuando estuvimos solos, Ana comentó riendo:

—Los satis tienen una moral muy particular. Dicen que son muy estrictos, algo anticuados. Tienen muchos prejuicios atávicos.

Me asomé a la ventana. Llamé a Ana a mi lado y le señalé a la chica desnuda que desde unas rocas se zambullía en el mar con un estilo implacable.

—Pues no parecen ser remilgados a la hora de mostrar sus cuerpos —sonreí.

La chica sati nadó hasta la pequeña playa solitaria. Cuando salió del agua mostró su maravilloso cuerpo. Anduvo lánguidamente hasta donde había una toalla y se tumbó sobre ella un rato.

Ana me miró con el ceño fruncido y entonces me di cuenta por primera vez en cinco años que podía ser celosa.

—Como raza civilizada no se avergüenzan de sus cuerpos —dijo.

—Y esa chica de ninguna forma tiene que avergonzarse del suyo —reí viéndola enfadarse—. Todo lo contrario.

—¡Vete al infierno! —replicó ella entrando en el pequeño cuarto de baño.

Fui a dar un paseo, tal vez con la intención de encontrarme con tío Jacob y Sam. Salí de la casa y caminé por un sendero de grava. Me encontré donde terminaba el puerto y comenzaba la pequeña playa. Recordé a la muchacha que se bañaba y miré hacia allí. No

estaba. Ni siquiera la toalla.

La tarde era apacible y las olas rompían blandamente en la blanca arena. Me senté sobre ella, sintiéndome muy bien en medio de aquella serenidad. ¿Quién podían acordarse allí de los mercas?

Busqué un cigarro, pero no tenía fuego. Me lo puse en la boca y lo chupé nerviosamente.

Al mismo tiempo que escuché un rumor en la arena, percibí el chasquido de un encendedor. Una pequeña lengua de fuego se acercó a mí. Alcé la mirada y vi a la chica sati. Ella colocó debajo de mi cigarro la llama y aspiré sin dejarla de mirar.

Tenía sobre los hombros la toalla, nada más. Al sentarse a mi lado no se preocupó de que su cuerpo desnudo quedase al descubierto en su mayor parte.

—Tú eres uno de los uropes que han llegado trayendo a Jonluot noticias del norte —dijo mirando al mar. Su voz era agradable, como el canto de los pájaros al terminar el invierno.

—Sí. Me llamo Tadeo Sierra.

—Soy Lanyu, de la casa Kuang.

Fumé sin dejar de admirar su belleza. ¿Por qué el deseo no anidaba en mí al tenerla tan cerca? Sólo quería que ella siguiese mirando hacia el horizonte, para gozar de su perfil y del perfume que emanaba su cuerpo aún húmedo.

—Te vi lanzarte desde esas rocas —dije—. Nadas muy bien.

—Me gusta venir al continente Urope porque aquí las aguas son azules y las costas no tan escarpadas como las tierras de Sai. Me siento otra nadando, sumergiéndome en el mar —me miró bruscamente—. ¿Te gusta nadar?

—No sé hacerlo muy bien —reí avergonzado al tenerlo que reconocer—: ¿En qué trabajas en la factoría?

—Superviso las inversiones y el trabajo de Jonluot, el jefe local.

Arrugué el ceño.

—No sabía que las mujeres satis ocupasen tan altos cargos.

—¿Qué sabéis vosotros de nuestras costumbres?

—Nada en realidad. En eso nos aventajáis. Vosotros lo sabéis todo acerca de nosotros. En cambio nosotros respecto a tu pueblo…

Ella se tapó con la toalla, pero indudable no por pudor, sino porque la tarde caía y comenzaba a hacer fresco.

—Jonluot me pidió permiso para transmitir a nuestro Regidor

las nuevas que habéis traído. ¿Tan grave ha visto la situación ese hombre llamado Samuel Pino?

—Sí. Hace cinco años los mercas realizaron muchas incursiones, demasiadas para las que nos tienen acostumbrados. Duró casi dos años. Luego se retiraron y desde entonces apenas aparecen. Creo que Sam tiene razón: están preparando una invasión en regla. Y Ana compartía tal temor desde hace tiempo.

—¿Ana? ¿Ana es la mujer que os acompaña?

—Sí. Es mi compañera —y al decírselo la miré fijamente, esperando poder analizar su reacción.

Pero ella permaneció inmutable.

—Os vi cuando entrasteis en la oficina de Jonluot.

Me dirigía a la playa. Es muy bonita tu compañera.

—Y valiente.

—¿Por qué me dices que es valiente? —sonrió Lanyu—. ¿Supones acaso que las mujeres satis no sabemos combatir?

Enrojecí un poco.

—No era mi intención ofenderte.

Se levantó y dijo:

—No lo has hecho. Es tarde. Debo irme. Esta noche cenaremos todos juntos y cambiaremos impresiones. Tal vez para entonces tengamos la respuesta del Regidor. Kuanglo.

—¿Qué piensas que responderá?

Ascendimos por la roca, alejándonos de la playa. Antes de separarnos, ella dijo:

—No lo sé. Tadeo, llevo muchos años viniendo a tu continente. Nunca hemos dejado de vigilar a los mercas. Lo que habéis dicho no nos sorprende.

—¿Entonces será posible que nos ayudéis?

—Mi pensamiento no es el del Regidor ni el de mi pueblo.

—Dime al menos cuál es el tuyo.

—Los mercas dejaron de ser humanos cuándo arribaron a este planeta. Bajaron de su Arca monstruos, no seres nacidos en la Tierra. Tarde o temprano tenía que suceder la invasión, la guerra. Afras, uropes y satis deberíamos unirnos para defendernos de ellos, de su maldad. Los mercas deben ser destruidos para siempre o nunca habrá paz en este mundo, como tampoco la hubo en la vieja Tierra.

—Eso lo piensas tú. ¿Qué piensa el Regidor y tu pueblo?

—La opinión de mi pueblo es diversa, pero el pensamiento del Regidor Kuanglo se debate en la duda. Él debe velar por la seguridad de Sat, y la lógica le dice que son los uropes los que deben velar por sus tierras, defenderlas. ¿Por qué arriesgarnos en una guerra que no será la nuestra?

Me mordí los labios.

—Ese tipo debe pensar que si nosotros caemos bajo la bota del invasor, éstos quedarán después de la lucha muy debilitados. Además, luego están las islas de los afras, que los mercas podrán invadir fácilmente. Después de esta aventura quedarán hartos por algún tiempo, con sus estómagos llenos de la carne de nuestros muertos. Vuestro continente está lejos y los mercas nunca han sido marinos. Muy listo vuestro Regidor, que el demonio se lleve al infierno.

Ella me miró ceñuda. Me dio la espalda, pero dijo antes de alejarse por el sendero:

—El Regidor Kuanglo es mi padre.

Me dejó desconcertado, consciente de que había metido la pata.

CAPÍTULO V

Ana me sorprendió cuando entró en el comedor. Vestía una bata sati que dejaba al descubierto sus largas y bronceadas piernas. Su cabello largo estaba recogido en un moño alto, sujeto con agujas de plata. Nunca antes la había visto con los labios, pintados y algo de maquillaje y la encontré realmente, bonita.

Se sentó a mi lado muy tiesa, sin mirarme. Yo sonreí y la dejé hacer su juego. Si Ana me había visto charlar con Lanyu seguramente quería mostrarme su enfado, que tal vez no era más que una postura falsa.

Llegaron Sam y tío Jacob. Por su olor adiviné que se habían lavado y usado los perfumes que tenían los cuartos de baño. Llegó Jonluot dando el brazo a Lanyu.

Noté que Ana le dirigía una mirada furibunda y temí que la velada terminase mal.

Pero Ana supo estar y no ocurrió ningún incidente. Charlarnos de cosas triviales y con el sake el ambiente se animó en la sobremesa.

Entonces Jonluot dijo:

—He recibido respuesta al mensaje que transmití al Regidor.

Todos le miramos, excepto Lanyu, que parecía muy ocupada escanciándose un vaso de licor.

—El Regidor Kuanglo es consciente de que el peligro que se cierne sobre el pueblo urope es algo que el tiempo trasladará a las tierras de Sat, después de saltar sobre las islas afras —dijo el sati.

Empezamos a sonreír, pero a medida que Jonluot siguió hablando nos fuimos poniendo serios, pensativos.

—El pueblo urope es noble y siempre respetó las leyes que nos entregaron en la Tierra, cuando embarcamos en las Arcas. Nunca ha peleado contra sus hermanos y ha respetado la paz. Pero vosotros sois a veces insolidarios, os gusta vivir en familias, alejados de los

vecinos y escasamente contáis con algunas aldeas donde no viven más de cien o doscientas personas. Sois fuertes, pero esa fuerza se debilita porque no estáis unidos.

—¿No son peores en este aspecto los afras que nosotros? —preguntó Sam.

El sati asintió.

—Indudablemente tienes razón. Pero sois los uropes los primeros que os enfrentaréis contra los mercas. Los pocos afras que viven en vuestras costas se retirarán enseguida a sus islas, y lo que ocurra entonces será problema de ellos. Durante muchos años hemos repudiado la forma de vida de los afras, pero es posible que ellos no tengan toda la culpa. Los transbordadores de su Arca les dejaron en unas islas maravillosas, donde la vida es fácil y la holganza propicia.

—Los estás excusando, mientras nos censuras a nosotros —gruñó mi tío.

—Comprendo que ahora estamos hablando nosotros. ¿Para qué inmiscuir a los afras cuando sois vosotros los que habéis dado cuenta del peligro que os acecha?

Jac asintió.

—Es verdad. Sigue hablando, Jonluot.

—Sat es una comunidad que se ha trazado unas metas. Lo hizo desde que mis antepasados bajaron en Arca. Un Arca intacta —recalcó la última palabra—. Tal vez por eso nuestra ventaja desde que llegaron los diversos pueblos a este planeta fue un poco mayor. La tecnología transportada llegó intacta. Pero no nos ocupamos desde el primer momento en prepararnos para la guerra, sino para diseñar un mundo lo más perfecto posible para nuestros descendientes. ¿Vais comprendiendo? Tenemos un continente para nosotros que nos será grande hasta dentro de diez mil años, porque estamos decididos a conservarlo intacto y a que nuestro crecimiento demográfico alcance su nivel adecuado dentro de mil años y luego no aumente. Pero no podemos asegurar que los demás pueblos hagan lo mismo, ¿no?

Nos miró y nosotros le respondimos con un silencio.

—Claro —siguió el sati—, que mucho antes dispondremos otra vez de naves estelares, tal vez mayores que las Arcas que nos salvaron de la agonía de la Tierra.

»Quiero decir, amigos, que Sat no es tan poderoso como vosotros pensáis. Tenemos a los mercas y os apreciamos a vosotros, los uropes. Por lo tanto queremos ayudaros —hizo una pausa para vaciar su vaso—. Mas como nuestros recursos no son ilimitados, queremos que el material que está dispuesto el Regidor a ofreceros sea bien empleado.

»Resumiendo y puesto que es bien conocida vuestra escasa colaboración común como pueblo, es preciso que vosotros los uropes nombréis un jefe absoluto, un general o como queráis llamarlo. Todos los uropes deben obedecerle y formar un ejército lo más disciplinado posible para enfrentarse a los mercas cuando éstos ataquen.

Estudié la expresión de mi tío y no le vi muy satisfecho. ¿Por qué sabía que los nuestros nunca se pondrían de acuerdo?

—¿Es la condición que ponéis?

—Sí. Y terminante, indiscutible.

—No disponemos de mucho tiempo…

—Ya habéis dicho que es imposible calcular cuándo los mercas atacarán. Pero dudo que lo hagan antes de la primavera.

—Cinco meses —mascullé—. Sólo tenemos cinco meses.

—Pueden ser más que suficientes —replicó Jonluot—. Bueno, la ayuda de Sat comenzará tan pronto como veamos indicios de que estáis dispuestos a organizaras. Se os suministraran camiones blindados, tanques y armas en abundancia. También combustible, medicinas y alimentos.

—Sois generosos en cierto aspecto —dijo Sam—. Pero también habíamos pensado que debéis mandar unas tropas…

—Eso no puede ser —negó el sati con la cabeza—. El Regidor y sus consejeros se niegan a tal cosa.

—¿Y los afras? Podemos advertirlos y ellos podrían enviar guerreros, armados por vosotros, a luchar a vuestro lado.

—Se podría sugerir, pero sólo se admitirán voluntarios. Creo que cuando se extienda el rumor de la amenaza merca ellos tomarán sus frágiles barcas y regresarán a las islas.

A la franja que más tarde, si nosotros somos vencidos, significará una nueva demora para que los mercas lleguen hasta el país Sat pensé con amargura.

Jonluot se levantó y Lanyu hizo lo mismo. Durante todo el

tiempo que el sati había estado hablando ella había dirigido a mi persona miradas intermitentes. Pero no había mostrado emoción alguna y ahora parecía una estatua de pálido mármol.

—Podéis marchar cuando queréis —dijo el jefe sati—. Pero os recomiendo que lo hagáis cuanto antes. Como bien habéis dicho, no disponéis de mucho tiempo. Esperaremos vuestras noticias.

Inclinó la cabeza y nos dejó.

Sam gruñó:

—Sabe que no conseguiremos unir a todos los uropes. Lo sabe.

Tío Jacob levantó la barbilla.

—Pero lo intentaremos al menos.

* * *

Al día siguiente nos marchamos. Yo no volví a ver a Lanyu. Había esperado que ella se despidiera de nosotros, pero recordé que era la hija del poderoso Regidor de Sat y tal vez el protocolo no la obligaba a tanto con unos humildes aborígenes de Urope.

Cerca de la factoría había una aldea urope. Llegamos a ella y levantamos nuestra tienda cerca de unas fuentes de agua potable.

Ante el aspecto de la concentración humana urope yo roe sentí un poco desalentado. Aquella aldea había levantado al amparo de la prosperidad que en la zona estaba proporcionando el enclave de los satis.

Eran comerciantes uropes los que vivían allí en su mayoría. Me sorprendí un poco al ver a tantos compatriotas míos vivir juntos. Calculé que habían más de quinientos, lo cual era poco usual.

Pero las mercancías de los satis eran un buen señuelo para atraer mineros y cazadores uropes a trocar sus pertenencias por los productos de Sat.

También había afras, pero pocos. En su mayoría eran pesadores y se acercaban allí a vender lo que obtenían del mar. Buscaban el dinero de Sat que los uropes obtenían a veces. A cambio daban pescado y mariscos en abundancia. Nadie sabía para qué querían los afras el dinero sati.

La factoría quedaba a unos cinco kilómetros, al otro lado del bosque que había cruzado para llegar hasta la aldea. Pasaba un

sendero que cruzaban camiones y carretas. Casi todos los vehículos de motor eran de Sati pero conducidos por orgullosos uropes afortunados.

Después de instalarnos, nos dispusimos a comer. No habíamos desayunado y estábamos hambrientos. Sam tenía una lista con el material que Sat podía entregar a los uropes apenas se tuviesen noticias de que nuestro ejército fuese al menos un embrión.

—Con éste tendríamos suficiente para ensayar tácticas defensivas —dijo Sam después de leer la lista con detenimiento—. Reconozco que son generosos en cierto modo.

—Con el material qué tienen desembarcado tendríamos para empezar, entusiasmando a los más recalcitrantes —sonrió tío Jacob.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Ana estaba distribuyendo las chuletas y replicó con acritud:

—Lo habrías visto si no hubieses estado perdiendo el tiempo con esa gata sati en la playa.

Sam guardó la lista para coger su plato.

—Cerca de la salida y ofensivamente mal custodiados, hemos visto algunos blindados y dos o tres camiones cargados de armas y municiones. ¡Qué material! Todo reluciente y con abundante carburante.

Mientras comíamos decidimos marcharnos aquel mismo día hacia el norte. Sam empezó a confeccionar una relación de los amigos comunes que podrían estar de acuerdo en integrarse en nuestro ejército.

—¿Quién sería el jefe? —preguntó Ana…

La miramos sorprendidos.

—Hay que elegir un jefe, ¿no? —dijo ella—. Un general o algo así. Y también capitanes, sargentos, todo eso.

—Ana tiene razón —asintió Sam—. Los mercas tienen mandos. Por ejemplo, cada diez hombres un sargento. Treinta soldados y tres sargentos estarían mandados por un teniente. Tres grupos de éstos estarían bajo las órdenes de un capitán. Ya tenemos una compañía. Así sucesivamente hasta formar regimientos e incluso una división.

—Pues sé tú el jefe, Sam —dijo con vehemencia mi tío—. Pareces entender de estas cosas.

Tendríamos que ver si los demás me aceptan, ¿no? —rió Sam no muy disgustado, al parecer, con la idea de convertirse en el jefe

supremo. Yo estuve conforme con Jac.

De pronto nos entró prisa por marcharnos. Recogimos la tienda y todas las cosas, que metimos en el blindado. Entonces se produjo una conmoción en el campamento.

Un vehículo semiblindado, viejo y renqueante, penetró como una exhalación. Se detuvo en seco, con chirridos de frenos. Un hombre lo conducía y antes que bajase, mi tío gritó su nombre:

—¡Felipe! ¡Es Felipe Delgado!

Felipe, tal como su apodo lo indicaba, era muy delgado. Y lo parecía más porque medía casi dos metros de altura. Vio a mi tío y se dirigió a él, abrazándolo. Los curiosos que se habían reunido ante la escandalosa llegada del vehículo empezaron a perder interés. Pero volvieron cuando Felipe gritó:

—¡Los mercas están invadiendo los valles centrales, arrasándolo todo! Yo he bajado para pedir ayuda.

No estoy seguro cómo ocurrió, pero entonces las cosas se precipitaron de forma que mis recuerdos resultan borrosos.

Felipe habló atropelladamente, pero le entendimos muy bien. Los mercas, casi un ejército, habían descendido desde el norte tomando la ruta más fácil para ellos, la de los valles centrales. Allí no vivían muchos uropes y en dos días se plantaron en los sectores más poblados. Entonces nuestros compatriotas empezaron a hacerles frente.

Los mercas no parecían tener prisa y se desplegaron en orden de combate. Ahora distinto a otras tantas veces. Tenían muchos blindados, de un modelo diferente al que estábamos acostumbrados. Eran más grandes y además del cañón sin retroceso transportaban en cada unidad a más de veinte mercas bien parapetados.

Los nuestros no tenían otra alternativa que hostigarlos un poco y luego retroceder, procurando no caer en una trampa al ser cercados. Gracias a que el conocimiento del terreno era profundo no habíamos tenido muchas bajas, pero el avance de los mercas era imparable.

—Avanzan despacio, pero seguros. Creo que antes de diez días estarán aquí, en la costa, y habrán partido en dos nuestras tierras, separándonos —añadió Felipe aceptando un gran vaso de vino.

—No creía que atacasen tan pronto —masculló tío Jac.

—Es su plan —dijo Sam.

—Antes que llegue el pleno invierno nos tendrán divididos y luego, en primavera, llegarán más ejércitos y ocuparán las dos franjas que conservemos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó alguien, después de reconocer que ya tenía noticias de lo que Sam había estado difundiendo, pero que no le había hecho mucho caso.

—Unirnos y marchar todos a ayudar a nuestros hermanos —exclamó Sam—. Tenemos que impedir que el enemigo siga cosechando victorias.

—¿Pero cómo podremos estar allí en dos días? Apenas tenemos medios de locomoción, excepto unos camiones viejos. ¿Y las armas? ¿Qué podemos hacer con nuestros rifles y ametralladoras contra los blindados enemigos y sus cañones?

Sam se subió a una tarima y pidió calma. Yo observé que había allí más de doscientos hombres y mujeres capaces de tomar un arma. Lo vi en sus miradas decididas. Empecé a sonreír. Pero creo que me llevé un susto cuando Sam dijo enérgicamente:

—Los satis son nuestros amigos y nos han prometido ayuda, armas y vehículos. En su factoría tienen todo eso. Tomémoslo prestado, como un anticipo.

Aclamaron a Sam y yo crucé una mirada a Ana, que permanecía a mi lado. La chica me devolvió una sonrisa irónica.

—Y no creo que debamos perder tiempo pidiendo permiso a los satis para coger esos blindados y armas —dijo en voz alta, para que todo el mundo lo escuchase.

Sam y Jac tuvieron que aplacar un poco el entusiasmo de los demás. Empezamos a organizar las cosas un poco y unos pocos nos dirigimos a la factoría.

Todo fue demasiado fácil. Los centinelas satis nos vieron llegar y ni siquiera levantaron sus armas. ¿Por qué pensaron que ellos estaban en nuestro suelo usando un permiso que siempre disfrutaron y nunca solicitaron?

El resultado fue que nos llevamos los blindados, camiones y armas delante de sus narices.

Así de sencillo.

Me pareció ver, mientras yo conducía un blindado hacia el exterior de la factoría, que Lanyu lo observaba todo desde una ventana, sonriente.

¡Fue el comienzo del ejército regular de Urope!

Antes que terminase el día emprendimos la marcha hacia lo que llamábamos ya el frente de combate.

CAPÍTULO VI

Se eligió bien el terreno.

Allí esperamos la llegada de los mercas.

¿Tengo que decir que durante nuestra marcha hacia el norte se nos unieron más hombres y mujeres de lo que habíamos podido suponer?

Efectivamente, contábamos ya con más de dos mil combatientes y nuestro armamento no era malo del todo.

Pero nuestras menores armas eran los doce blindados que habíamos requisado de la factoría sati.

Me hizo sonreír la palabra «requisados». Pero Sam insistía en que nosotros no habíamos robado nada, sino requisado un material preciso para la defensa de nuestro país de la invasión merca.

Tardamos un día y pico en llegar al lugar donde los mercas estaban ya a unos cien kilómetros.

Familias enteras bajaban, huyendo de ellos, y nos traían importantes noticias del enemigo. Pocas seguían su fuga hacia el sur. Cuando veían nuestro poder y decisión de contener a los mercas optaban por quedarse, llenas de entusiasmo.

Lamentablemente no habíamos tenido tiempo de organizamos como Sam hubiera deseado. Pero de todas formas dio instrucciones y formamos tres grupos. Tío Jacob recibió uno y a mí me dieron otro, Sam se puso al mando del tercero, ocupando la posición central.

Con sus comunicadores estaba siempre en contacto con nosotros.

Disponía de cuatro blindados con cañones y más de cien proyectiles para cada uno. No era mucho, pero utilizados con prudencia podríamos ofrecer una defensa prolongada. Luego estaban los grupos de combatientes, bien armados y con munición abundante. Además de la de los camiones, cada familia estaba bien provista.

Miré hacia la extensión que dominábamos desde la altura donde nos habíamos situado. Nuestros cuatro blindados se extendían formando batería, protegiendo las trincheras donde casi setecientos hombres y mujeres esperaban con impaciencia la aparición de los mercas.

Llegó Ana y me tendió el comunicador. Pulsé el botón y la voz ronca de Sam me dijo:

—Escuchadme, Jacob y Tadeo. Me han informado que la columna enemiga se ha detenido al otro lado del bosque situado a unos veinte kilómetros de nosotros. Seguramente nos han descubierto y están trazando un plan de ataque. Ellos tienen dos alternativas. La primera es avanzar en columna por el centro. Yo les atacaré primero. Cuando sea preciso reclamaré vuestra ayuda. Si es la otra alternativa, es decir, desplegándose, entonces cada grupo conservará sus posiciones. No quiero que nadie retroceda o avance sin que yo lo sepa, ¿de acuerdo?

—Sí, Sam —escuché que decía Jac.

—De acuerdo, Sam —respondí.

Devolví el comunicador a Ana y la miré. Ella me respondió con una sonrisa de seguridad. Tenía una metralleta terciada a la espalda y su pecha estaba cruzado por una ristra de bombas de mano.

Subimos al blindado desde el cual yo debía dirigir mi grupo. Me llevé los binoculares a los ojos y observé el lejano bosque.

Al cabo de unos minutos empecé a apreciar movimientos entre los árboles.

—Di a Sam que he avistado el enemigo. Los mercas avanzan hacia este flanco —dije un poco nervioso. Después de unos minutos.

Ana me decía:

—Sam dice que aguantemos. Su posición y la de Jac, a la derecha, están tranquilas. Pero puede ser un movimiento de distracción del enemigo, esperando que todos nos concentremos aquí para luego tratar de envolvernos.

Era lógico, pensé. Grité a los ocupantes de los otros blindados y a los que ocupaban las trincheras que yo daría la señal para disparar, que mantuvieran la calma.

Pero los binoculares seguía el avance enemigo. Eran unos diez blindados. Tal como habían dicho los que huían y los grupos que enviamos para vigilar a los mercas, eran unos vehículos nuevos, de

gran tonelaje, casi cuatro veces más grandes que los blindados tomados a los satis por nosotros en la factoría.

Lo que rae preocuparon fueron sus grandes cañones sin retroceso montados sobre una extraña estructura de hierro y que cubría toda la parte del vehículo. Debajo debían estar, agazapados, más de veinte mercas, aparte de los sirvientes del cañón respectivo.

La distancia que nos separaban eran de diez kilómetros. Nuestros cañones podían sobrepasar casi esos diez mil metros, pero me preguntaba si los mercas no podían hacer otro tanto. Decidí esperar y no descubrirles lo que teníamos.

Afortunadamente nos sobraba gente para manejar los cañones. Tenían suficientes conocimientos de telemetría para pensar que los proyectiles no serían desperdiciados.

Los mercas seguían avanzando. De repente ordené que nuestros blindados se pusiesen en movimiento. Avanzaríamos y retrocederíamos constantemente, siempre cerca de nuestras trincheras.

Creo que aquella táctica nos salvó, al menos de la primera andanada enemiga. Sus disparos no dieron en el blanco y enseguida nosotros empezamos a disparar.

Pero cuando sus blindados estaban a medio camino, avanzando pesadamente, las estructuras metálicas donde estaban colocados los cañones empezaron a elevarse.

Pienso que fue un error de los mercas. Ellos tenían torres hidráulicas para elevar sus cañones hasta una altura de diez metros, pero mientras lo hacían no podían disparar, aunque seguían avanzando.

Eso nos dio casi un minuto para poder tomar puntería y dispararles a placer.

Aullé de júbilo cuando vi que dos torretas enemigas caían destrozadas, inmovilizando los vehículos. Los mercas se arrojaron de ellos y empezaron a correr. Observé que un puñado de ellos eran alcanzados por un proyectil.

Pero las torretas habían dejado de alzarse y ya estaban disparando. Las explosiones arrasaban el terreno por donde se movían nuestros blindados. El vehículo más a la derecha fue tocado en sus orugas y se quedó inmóvil, pero el cañón estaba intacto y los servidores no quisieron abandonarlo, disparando desde allí con una

cadencia que me hizo pensar que pronto iban a quedarse sin capacidad de fuego.

Más yo no estaba para ocuparme de ellos y ordené a los otros dos blindados que nos moviésemos a un centenar de metros delante de las trincheras.

Alcanzamos a dos unidades enemigas y averiamos a otras tres.

Cientos de mercas empezaron a bajar de los vehículos y corrían hacia nosotros, hacia nuestras trincheras.

Al mismo tiempo las cuatro unidades empezaron a hostigarnos con un fuego endiablado. Sus cañones eran rápidos, una vez alcanzada la altura precisa, desde la cual nos dominaban estando a corta distancia.

Vi saltar otro de nuestros blindados. Mascullé y grité a los artilleros, insultándolos para que aligerasen el fuego.

Cogí el comunicador, gritando:

—¡Por el Arca, Sam, nos están pulverizando! ¿Qué esperas para venir en nuestra ayuda?

—Calma, Tad —replicó la metálica voz de Sam—. Aún no estamos seguros si dolo se dedicarán a tu posición. Resiste.

—¡Vete al infierno! —y arrojé el comunicador al fondo del blindado.

Respiré aliviado, un poco, cuando observé que tres blindados enemigos saltaban por el aire y el cuarto, después de oscilar un momento, caía pesadamente al suelo, aplastando a varios soldados mercas.

Pero cuando me giré vi que el último blindado que nos quedaba intacto ardía como una yesca a poca distancia. Incluso el nuestro tenía averiado el motor. El artillero asomó su cabeza.

—Lo siento, pero la vaina de un proyectil se ha encasquillado y no hay forma de repararlo.

—Pues salid y tomad posiciones para defendernos del ataque de la infantería enemiga —repliqué tomando mi metralleta. La apoyé sobre el acero y quité el seguro. Ana se puso a mi lado.

Los mercas avanzaban agachados, buscando protección en las rocas y arbustos. Di la señal para que abriesen fuego contra ellos desde las trincheras. Les vi caer, rotos por las balas explosivas.

Luego comenzó el infernal repiqueteo de los disparos contra el blindado de nuestro vehículo.

Pero cuando Ana me lo advirtió sentí que el cielo se desplomaba.

Del bosque surgían más blindados enemigos.

Debían ser como otros diez y avanzaban en columna. ¡Aquellos hijos de puta mercas debían saber que no disponíamos ya de cañones!

Y detrás de los blindados enemigos llegaban cientos de mercas, avanzando tras la protección del acero.

Sólo nos quedaban las granadas de mano, que no podríamos utilizar hasta que los carros y soldados enemigos estuviesen a menos de cincuenta metros. Pero mucho antes ellos habrían acabado con nosotros.

Conseguimos hacer retroceder a los mercas que se aproximaban y habían pertenecido a la primera oleada atacante, pero los supervivientes se pegaron al terreno, esperando la llegada de los refuerzos.

Sentí terriblemente seca la garganta cuando las torretas de los blindados empezaron a elevarse. Sólo quedaban dos o tres minutos para que el fuego sobre nuestras posiciones diese comienzo.

Luego… Bueno, no quise pensar sino en contener el avance de la infantería merca.

Creo que hubiera dado la orden de retroceder, no estoy seguro. Agotaba un peine detrás de otro, disparando sin cesar.

Entonces empezaron las explosiones en las líneas enemigas y los carros de los mercas empezaron a ser alcanzados.

Por la derecha avanzaban los ocho blindados nuestros, y detrás los cientos de hombres bajo el mando de Sam y tío Jacob.

Resoplé. Al final se había decidido aquel testarudo de Sam a abandonar sus posiciones y atacar.

Ana se abrazó a mí, besándome alborozada. De nuestras trincheras salieron gritos de alegría.

—Ha tardado ese perro, pero lo ha hecho en el momento justo —rezongué.

* * *

Fue nuestra primera gran victoria contra los mercas.

—Lo siento, Tadeo —me explicó Sam cuando todo terminó—. Pero tenía que asegurarme, que los mercas no tenían más reservas…

Le estreché la mano y desde entonces no dudé de la capacidad de Sam. Era un buen estratega y no perdía la serenidad fácilmente. Sí, sería un buen jefe.

Llegó tío Jacob diciendo:

—Los exploradores han regresado. No se ve un merca en muchos kilómetros.

—Entonces ésta no era la invasión —murmuré.

—Indudablemente, no. Tal vez querían probar nuestra capacidad —apuntó Ana.

—Y les hemos advertido muy bien —Sam movió la cabeza—. La próxima vez no serán tan incautos. Pero tardarán en atacar. Ahora podemos estar seguros que esperarán a la primavera. En invierno la nieve cierra muchos de los pasos montañosos y no querrán correr riesgos de que los suministros queden al otro lado, sin llegarle al frente.

Recorrimos el campo de batalla. Habíamos tenido pocas bajas relativamente. Unos treinta muertos y casi cien heridos, pero ninguno de gravedad.

Las pérdidas materiales sumaban siete de los blindados, varios camiones y casi la totalidad de los proyectiles de cañón, además de haber reducido nuestra reserva de munición para rifle y metralleta.

Pero observando el lado merca podíamos sentirnos satisfechos. En la explanada ardían los restos de más de veinte de sus blindados y alrededor de éstos yacían cientos de cadáveres de mutantes.

Como compensación estábamos recogiendo un buen montón de armas y municiones del enemigo, de cuya labor se ocupaban algunas docenas de hombres y mujeres.

Llegó un vigía anunciando:

—Se acerca un coche con insignia sati, jefe.

Sam me miró y yo me limité a encogerme de hombros.

—Que se acerque —bufó Sam—. Si vienen a pasarnos la factura tendrán que esperar.

Cuando el coche llegó hasta nosotros vimos que se trataba de uno de esos modelos deportivos que sólo usaban los satis de elevado rango. Así, no me sorprendió ya que Lanyu bajase. El conductor se quedó dentro.

Se dirigió a nuestro grupo, pero dijo mirándome:

—Debo felicitaros por esta victoria.

Escuché una tos y Ana dijo volviendo la espalda:

—Voy a revisar los restos de los blindados enemigos. Quiero estudiarlos.

Y se alejó hacia el campo de batalla. Me enfadé con ella, porque estimé que su comportamiento no era el conecto hacia Lanyu.

Le sonreí y traté de disculparme:

—Lo siento.

—Me refiero al robo…

Ella miró alrededor.

—Creo que fue conveniente. Lo utilizaron bien.

La miré sorprendido.

—¿No están enfadados con nosotros?

—Al principio sí nos enfurecimos. Incluso comunicamos el hecho al Regidor Kuanglo.

—¿Qué dijo tu padre?

—Es sabio y no se enfurece. Cuando yo le dije que teníamos noticias de que los mercas habían invadido los valles centrales lo meditó un rato y contestó que tal vez a los uropes les corría prisa ese material de guerra. En resumen, pueden considerarlo como un anticipo.

—¿Un anticipo? —repitió Sam.

—Claro. Vosotros queríais que os ayudásemos, ¿no? Cuando comuniqué a mi padre lo que habéis hecho con el producto de… lo prestado, estoy segura que él estará convencido que seréis capaces de formar un ejército regular que se enfrente a los mercas con grandes posibilidades de triunfo.

Solté un grito de júbilo. Sam y Jacob sonrieron y lanzaron hurras.

—Dentro de unos días llegará a la factoría un convoy de cargueros navales con más material. Por el Arca que cuando llegue la primavera vosotros tendréis un ejército formidable.

Quisimos festejar aquella noticia, pero Lanyu se disculpó. Dijo que tenía que regresar cuanto antes a la factoría.

—Hablaré inmediatamente con mi padre —dijo antes de marcharse.

Yo estaba embelesado mirando el coche alejarse, perderse en las

incipientes oscuridades del vencido atardecer cuando noté a mi lado la presencia de Ana.

—¿Qué ha dicho esa mujer? —me pregunto con tono tan espero que me sentí irritado con ella. ¿A qué venían esos celos?

Porque ya no tenía la menor duda que Ana mentía celos de Lanyu.

—Los satis nos ayudarán. Y Lanyu tiene fe en nosotros. Está segura que para mucho antes de la llegada de la primavera tendremos un poderoso ejército que contenga a los mercas.

Los ojos de Ana parecieron querer fulminarme.

—Esa puta te está engañando —dijo apretando los dientes.

No había nadie cerca de nosotros. Mi mano se levantó para abofetearla, pero se detuvo apenas a unos centímetros del rostro de Ana. Temblando, la retiré.

—Si me hubieras puesto la mano encima te habría matado, Tadeo Sierra —y mostró un cuchillo que sujetaba cerca de mi barriga.

La miré como a una desconocida.

—¿Por qué dices esas estupideces? ¿Por qué odias a Lanyu?

—Ella miente, como todos los de su raza.

No quise escucharla, no estaba dispuesto a seguir con aquella pelea. Me alejé y monté en un camión que se poma en marcha, cargado de armas mercas.

Desde la caja vi durante un rato la figura de Ana, alejándose de mí, hasta que ella subió a la cabina de otro vehículo.

Antes del anochecer nos retiramos del campo de batalla y yo sentí un amargo sabor en la boca.

Era la primera vez que había discutido con Ana en cinco años.

CAPÍTULO VII

Las sucesivas semanas transcurrieron de forma vertiginosa.

Por todo el continente se extendió la noticia de la batalla de los Valles Centrales, como ya se le llamaba a nuestra victoria contra los mercas.

Y todos los uropes tuvieron conciencia de que si no se unían y dejaban a un lado sus ideales de anárquica independencia terminaríamos en los estómagos de los mutantes del norte.

Posiblemente también influyó en mucho el hecho de que estábamos siendo suministrados por los satis. Acudieron a nosotros por miles. Tuvimos que rechazar a los viejos y a los muy jóvenes, pero muchas mujeres animosas y con experiencia en el manejo de las armas fueron reclutadas también.

Al principio el trabajo nos abrumó e incluso desbordó nuestra débil estructura organizativa, pero con paciencia y siempre ayudados por los consejos de los hombres de Sat, conseguimos formar un ejército compuesto de casi diez mil soldados.

Pero teníamos una frontera extensa que defender. Así, Sam concibió un plan defensivo. Un centenar de blindados ligeros patrullarían los valles cercanos a las tierras, mercas. Cada blindado disponía de un transmisor de gran alcance. En caso de que se detectase la presencia de una columna invasora, una brigada ligera compuesta de cincuenta unidades entre tanques pesados y blindados, secundada por dos compañías de infantería, acudiría presta a la zona de peligro, con la misión de contener el avance enemigo el mayor tiempo posible. Luego llegarían dos regimientos mixtos y el resto permanecería en la retaguardia, dispuesto a acudir según los acontecimientos lo exigiesen.

Dispusimos de depósitos secretos de combustible, armas y alimentos en diversos puntos. Ésa fue una idea que al principio no fue bien recibida, pero que terminó aceptándose.

Todavía quedaba entre nuestros bisoños oficiales la creencia de que la guerra contra Merca iba a ser rápida, y que incluso aprovechando el verano llevaríamos la guerra al mismo territorio enemigo. Las costumbres atávicas de mi pueblo aún persistían, indudablemente.

Creo que en el subconsciente de cada urope persistía la seguridad de que cuando acabase la campaña contra los mercas volveríamos a nuestras costumbres Cala familia retornaría a su terreno y seguiría cavando, cultivando un pequeño trozo y cuando lo necesitase comerciaría con satis o afras.

Por cierto, recibimos con sorpresa y alegría la incursión en nuestro ejército de algunos afras. No sabíamos cómo se iban a comportar en la lucha, pero quedaron incluidos en varias compañías y todos esperamos con impaciencia el momento de la verdad para descubrir si aquellos hombres que gustaban de una vida paradisíaca en las islas que nos separaban del continente Sat serían buenos combatientes.

Disponíamos de munición en abundancia y continuamente realizábamos prácticas de combate. Sam planeó estrategias de ataque, pero cuando nos pidió que también debíamos saber cómo retroceder, todo el mundo acogió tal sugerencia con desagrado, pensando que un urope nunca iba a retroceder delante de un merca, y mucho menos contando con un equipo de combate tan completo como el que disponíamos.

Los satis estuvieron a nuestro lado varias semanas, instruyéndonos en el uso de las nuevas armas y enseñándonos a reparar los vehículos, tanques y blindados que nos entregaron. Pero si algún urope pensó que también ellos iban a luchar a nuestro lado se equivocó totalmente. Los satis sólo estaban allí como instructores, nada más.

Volví a ver varias veces a Lanyu. Ella parecía interesarse por mí. Una vez pronosticó que yo terminaría siendo el líder absoluto de Urope. Yo pensé que bromeaba, pero luego, en otra ocasión, insistió en ello. Dijo que nosotros debíamos formar algún día una nación, fundar una ciudad que con el tiempo sería una gran urbe, la capital.

—Nadie sabe lo que pasará cuando esta guerra acabe —contesté.

—Esta guerra acabará cuando no quede en este continente, que sólo debe pertenecer a los uropes, ningún merca.

Yo La miré sin comprender.

—Cuando los mercas sean derrotados en los valles no debéis dejar de aprovechar la confusión del enemigo para avanzar sobre sus tierras, antes que lleguen las nieves, y acabar con el último mutante. —Y los ojos de Lanyu chispearon entonces.

—Será una guerra cruenta —respondí—. Morirán muchos de los nuestros. Tendremos que restañar nuestras heridas y sería una locura proseguirla. Además, Sam se opone a invadir el territorio merca.

—Pues tendrá que hacerlo si no quiere que dentro de unos años los mercas vuelvan a intentarlo —respondió ella con enfado—. Y es posible que entonces no tengáis tanta suerte. Ellos habrán aprendido la lección y atacarán siendo más fuertes, estando mejor armados.

Ante aquella actitud, la belleza de Lanyu se esfumó ante mis ojos y mi deseo por ella desapareció. Se marchó y creo que lo hizo un tanto decepcionada.

Hacía semanas que no veía apenas a Ana. Algunas veces la observé de lejos, instruyendo reclutas. Desde el día de la batalla de los Valles Centrales no habíamos dormido juntos.

Me aseguré que ella no tenía ningún compañero y por el momento, para no destrozar una posible reconciliación, yo tampoco procuré una chica que calentase mi lecho en las cada vez más frías noches.

Lo que nos sucedía no pasó desapercibido a mi tío que me miraba y movía la cabeza con desaprobación.

Se acercaba la primavera y Jacob una noche, la luz de la hoguera, comentó:

—Ana está embarazada.

Creo que debí palidecer tanto que mi tío adivinó mis negros pensamientos, apresurándose a decir:

—No seas cretino, sobrino estúpido —masculló atizado la hoguera—. Está de cuatro meses.

Supongo que debí respirar un poco tranquilo. Nuestra separación no duraba más de tres meses. Entonces al saber que iba a ser padre, empecé a temblar ligeramente, cosa que me notó el tío cuando acerqué a mi cigarro una ramita encendida.

—Deberías hablar con ella.

—¿Tú crees?

—Claro que sí, maldito seas, sobrino. Convéncela para que no siga agotándose tanto instruyendo su compañía. Casio, el teniente, puede hacerse cargo de los soldados. Ella debería ocuparse mientras tanto de algo menos agotador. Y luego, cuando comience la guerra, marchar a retaguardia. Para entonces estará de cinco meses o más y una mujer así no debe…

Calló y miró de soslayo.

—¿Te lo ha dicho ella?

—¿Qué está embarazada? —preguntó Jac torciendo la boca—. No seas iluso. Ella es muy orgullosa.

—Yo también.

—Pero tú la dejaste el día de la batalla Lo sé.

—¿Quién te ha dicho lo del embarazo?

—Una amiga suya, pero me hizo prometer que no te lo diría.

—Pues sabes guardar bien un secreto —mascullé.

—Debería romperte la cara, desagradecido. No soy un chismoso. Pero considero que esto es importante.

—Yo también tengo mi orgullo. Y tú no sabes lo que pasó entonces.

—Claro que lo sé. Ella me lo contó todo.

—Insultó a Lanyu.

—Lo sé. Te dijo que era ella una mentirosa, como todos los satis.

—Se cegó por los celos, por unos celos infundados. Yo sólo la quiero a ella.

—Pero miras como un borrego a esa sati.

—No puedo evitarlo; es muy atractiva.

—Demonios, sí. Pero aquel día Ana tenía sus motivos.

—Dónelos.

—Lo haré y tal vez sabiéndolos tú dejarás a un lado ese inservible orgullo.

Presté atención y Jacob empezó diciendo:

—Mientras tú charlabas con Lanyu, la hija, del Regidor de Sat, Ana estuvo examinando un blindado merca. Ella entiende de motores y empezó a desmontar uno. Allí encontró algo que la turbó.

—Sigo sin entender…

—Ana encontró marcas de fabricación sati en el motor. Estaban medio borradas, pero aún eran visibles.

—¿Qué tiene de particular eso?

—¿No lo entiendes?

—No, desde luego. Nosotros capturamos vehículos a los mercas. Incluso tú tienes uno, el que conquistó Ana y qué ella terminó regalándote. ¿Por qué los mercas no iban a capturar otros blindados a…?

Me callé. ¿A quiénes podían ellos capturar blindados de un modelo que no conocíamos?

—¿Se inspeccionaron los otros blindados destruidos? —pregunté.

—Sí, lo hicimos al día siguiente, con la luz natural ya —y Jacob se encogió de hombros—. No encontramos en los demás motores ningún indicio de que pudieran haber sido fabricados por los satis.

—¿Y a qué conclusión te lleva todo eso?

—No estoy seguro. Aquel día estaba Ana conmigo y ella se mostró apesadumbrada. Me confesó que se había precipitado. Ana encontró la explicación. Los mercas pudieron capturar un vehículo sati y luego lo copiaron. Ana indagó primero en el prototipo, por decirlo así.

Asentí. Empezaba a comprender la actitud de Ana, pero de todas formas su mente había actuado de forma tremendamente retorcida aquel día.

—Vio fantasmas donde no existía más que la lógica —dije—. ¿Qué había pensado ella realmente?

—Creo que después de la segunda inspección no se atrevió a contarme lo que habíase imaginado, muchacho. Pero supongo que Ana se ofuscó en aquel momento y si es cierto que estaba celosa porque tú parecías embobarte con Lanyu, todo lo demás es comprensible y excusable.

Asentí. El cigarro se había apagado y jugueteé con él en los labios.

—Sí. Fui un estúpido entonces. Debí pensar que conocía a Ana y aquel día le debí pedir explicaciones concretas. Luego el orgullo de ambos nos ha separado estas semanas.

—Además, ella estaba queriéndote decir desde hacía unos días que no había menstruado hacía un mes. Estaba en una situación nueva para ella, entre nerviosa, asustada y alegre.

Me levanté. Antes de marchar hacia mi tienda, dije a Jac:

—Mañana la buscaré.

Él asintió, sonriente. Con un palo siguió avivando la hoguera.

* * *

Busqué a Ana la mañana siguiente.

Al principio ella se mostró esquiva, pero enseguida comprendí que deseaba tanto o más que yo entablar un diálogo.

Por supuesto, no le dije lo que el tío Jacob me había contado. Sencillamente, reconocí mi culpa y le pedí perdón. No sé si ella ya había intuido que yo sabía su estado, pero cuando nos abrazamos y besamos me lo contó, fingí una sorpresa y alegría tal vez exagerada.

Pospuse para más tarde decirle que había abandonar el ejército, ocuparse de organizar hospitales de sangre y vigilar los nudos de suministros que continuamente nos llegaban desde la costa.

Cogidos del brazo paseamos por las colinas. Nos sentamos debajo de un frondoso árbol y yo la protegí del frío con mi capote, Ella se arrebujó conmigo y me sentí feliz.

—Fui un cretino, querida. Debí haberte escuchado aquella tarde —dije besándola.

—No, no —rió ella—. Dejemos eso. Entonces pasaron por mi imaginación cosas extrañas. Me puse nerviosa cuando descubrí esas marcas medio borradas en el motor del blindado merca.

—Marcas satis —murmuré—. ¿Estás segura que eran signos satis?

—Claro que sí, pero eso ya no tiene importancia. Luego, cuando volví y te hallé junto a esa mujer y ella decía con seguridad que los mercas no volverían a atacar hasta la primavera…

—¿Por qué te enfureció que Lanyu dijese eso? Todos lo pensábamos…

—Pero Lanyu parecía estar demasiado segura. ¿Por qué? Me lo pregunté y mi propia respuesta ahora me causa risa.

—Dímela.

—No. Te reirías de mí, volveríamos a pelearnos.

—Te juro que no.

Ella suspiro y se apretó a mí.

—Debí estar chiflada. Pensé que Lanyu conocía el momento

justo del gran ataque merca porque ella y sus gentes suministraban armas a los mutantes para que nos invadiesen.

Después de unos instantes ella alzó la mirada y me miró preocupada. Yo debía estar muy serio, porque la vi tartamudear al preguntarme:

—¿Te… te has molestado otra vez conmigo? Ya te he dicho que fueron pensamientos estúpidos, que ahora ya no pienso así. Es más, al día siguiente, cuando ya no descubrimos más indicios satis en los blindados de los mercas, reconocí ante Jacob que mis conjeturas no tenían fundamentos.

—No te preocupes —dije volviéndola a besar—. ¿Cómo voy a enfadarme contigo? Además, es lógico que pensaras así. Creo que yo me hubiese comportado de igual forma. Ven, regresemos.

La ayudé a levantarse y ella protestó diciendo que aún no era una inútil.

Durante el regreso no pude alejar de mi mente oscuros pensamientos.

* * *

Delante de Ana lo conseguí disimular muy bien. Ella no se percató de mis preocupaciones, afortunadamente.

Con la ayuda de tío Jacob convencí a Ana que debía dejar las armas cerca de la costa, coordinando los suministros. Refunfuñando, accedió y yo respiré algo más tranquilo.

Dos días más tarde marché al este, al campamento donde se concentraba el grueso de nuestras tropas. Allí, por supuesto, estaba Samuel Pino.

Hacía casi dos semanas que no veía a nuestro jefe supremo. El mando no se le había subido a la cabeza y seguía siendo el mismo hombre sencillo y tranquilo ele siempre.

Conversamos largo rato, delante de una mesa con vino y viandas.

Cuando llegó el momento, me sorprendió diciéndome:

—Tengo nuevos planes, muchacho —parecía entusiasmado—. Nuestra victoria, si los dioses lo quieren, será fulminante. Tenemos un armamento excelente. Los satis se han desbordado con su ayuda.

¿Sabías que están desembarcando doscientos blindados y dos millones de proyectiles de cañón?

Dije que no, que no lo sabía.

—He obtenido eso después de una larga discusión con Jonluot. Al principio ese tipo se mantuvo remiso, pero accedió finalmente, no sin antes poner unas condiciones.

Le miré torvamente.

—¿Qué condiciones?

—Cuando destrocemos a los mercas aquí no nos detendremos, sino que tendremos dispuesto un cuerpo expedicionario que marchará seguidamente contra sus aldeas, sus ciudades y fábricas. Los barreremos del continente para siempre. Y luego las tropas que hayan combatido, apenas se hayan recuperado, nos seguirán como apoyo.

—¿Cuándo accediste a esa pretensión de Jonluot se acabaron las dificultades en los suministros? —pregunté en un hilo de voz.

—Sí, claro. ¿Qué te parece la idea? No perderemos el tiempo.

—Antes no pensabas así, Sam —le recordé.

—Pero debemos hacerlo. El viejo dicho de a enemigo que huya puente de plata… ¡Se acabó! No podemos seguir viviendo con la constante amenaza merca. Los liquidaremos.

No quise seguir discutiendo sobre aquel tema. Le pedí permiso para bajar a los puertos satis. Al preguntarme qué tenía que hacer allí, le dije que. Ana estaba embarazada y quería comprar algunas cosas que íbamos a necesitar.

Sam estaba tan eufórico que me puso en la mano un puñado de dinero sati. Quise rechazarlo, pero él insistió en lo que tomase, que aquél era su regalo para cuando naciese la criatura.

Guardé las fichas de plástico y le di las gracias.

Tomé el viejo blindado que hacía cinco años Ana se ganó matando a varias mercas y que posteriormente regaló a Tío Jacob. Me dirigí hacia el sur. Cruzándome con numerosos convoys de suministros que subían al norte.

El dinero que me había entregado Sam parecía quemarme en el bolsillo. Seguro que tendría que emplearlo en comprar algo en la factoría, donde esperaba encontrarme con Lanyu.

CAPÍTULO VIII

—Es una sorpresa —dijo Lanyu mirándome—. Una agradable sorpresa.

Me senté frente a ella.

—He visto mucha actividad en el puerto —dije—. El material de guerra que estáis desembarcando es enorme.

—Será una guerra dura y debéis estar preparados —respondió sonriendo—. Pero aún no me has dicho, qué haces aquí. Te suponía al frente de tus hombres.

—Me han dicho que has estado muchas veces en los valles, pero nunca pude verte.

—¿Sólo has Venido para verme?

—Sí.

—Es muy halagador, —desvió de mí la mirada y pareció echar un vistazo por la ventana. Pero yo creí vislumbrar una pequeña sonrisa de sus sensuales labios. Debía sentirse muy contenta, supuse —. Es tarde. Debes quedarte a cenar conmigo. No será nada especial, como puedes suponer. No tengo sirvientes, porque todo el personal trabaja duramente en el desembarco del material.

—Tal vez tengas algún compromiso…

—¿Yo? ¿Con quién…?

—Por ejemplo, con Jonluot.

Ella soltó una carcajada…

—¿Qué supones? Jonluot es sólo un empleado de mi padre. ¿Sabes que Kuanglo vendrá pronto a estas tierras?

—¿Por algún motivo especial?

—Seguramente coincidirá su estancia con vuestra victoria.

Me condujo a la estancia siguiente y allí ella preparó algunos fiambres y bebidas. Nos sentamos muy juntos y comimos algo.

—Dices que será nuestra la victoria, pero yo pienso que también será de Sat.

—Será de los tres pueblos humanos de este mundo.

—A veces creo que los satis odian más a los mercas que nosotros, que somos los que desde hace muchos años hemos soportado sus incursiones —comenté bebiendo del dulce vino de Sat —. Los desprecio. No son humanos.

—Un día sí lo fueron.

—Pero degeneraron en el largo viaje desde la Tierra, cuando el mundo de nuestros antepasados moría, precisamente, por su culpa. ¿Sabes que antes los mercas se llamaron americanos? Vivían en un país poderoso, en el continente llamado América, en el norte —sonrió—. Al parecer tienen preferencias por las tierras nórdicas.

—¿Qué sucedió? Entre nosotros no existen leyendas creíbles respecto al período anterior al viaje de las Arcas.

—La Tierra estaba inundándose en su propia mierda y algunos hombres decidieron que debían buscar otro mundo. Los hombres que vivían en la nación americana teman el medio, pero necesitaban que otras naciones les ayudasen porque sus materias primas eran insuficientes. A cambio de los secretos del vuelo espacial a las estrellas obtuvieron acero y un raro mineral, único capaz de impulsar los poderosos motores.

»Pero los antepasados de los mercas concibieron un plan. Cuando ellos llegasen a este planeta estarían esperando a las otras tres Arcas. Una partió de la única parte de Europa que aún podía soportar algo de vida, el sur. Le segunda llevó mestizos de África y la tercera una escogida partida de hombres y mujeres de la nobleza japonesa.

»Ésos ambiciosos seres querían llegar antes, para poder así esclavizar a los pasajeros de las tres restantes Arcas. Quisieron acelerar la velocidad, ya que las cuatro partieron al mismo tiempo. Pero cometieron un error y los paneles de contención de la radiación enorme que se producía en el ánima del poderoso motor se derrumbaron. La radiación se extendió por toda la nave. Las consecuencias fueron funestas. El alimento se estropeó y tuvieron que comerse sus propios cadáveres. Ellos llegaron incluso después que los demás Arcas.

»Su aspecto y el de los hijos que nacieron durante el viaje era monstruoso. Perdieron el Arca al descender y se salvaron gracias a los transbordadores, que descendieron en el norte, en las tierras más

inhóspitas. No quisieron contactos con los demás grupos y sólo al cabo de cierto tiempo, cuando se reorganizaron, empezaron a hostilizar a los uropes, a vosotros, sus más cercanos vecinos.

—Querían la carne de los que tomaban prisioneros —dije.

—Sí, así.

—Nuestra Arca tampoco llegó intacta —dije mirándola fijamente a los ojos.

—Lo sé.

—La perdimos cuando orbitaba. También usamos los transbordadores y allí dejamos, para siempre, la tecnología que traíamos. Sólo desembarcamos animales y lo imprescindible para no morirnos de hambre. Y los afras tampoco fueron más afortunados. Incluso tuvieron menos suerte.

—Conozco la historia, apenas un tercio del pasaje de los africanos pudieron bajar al planeta. Para ellos eligieron las mejores tierras, las islas centrales.

—Únicamente los asiáticos, los satis, lograron hacer descender su enorme nave en el continente que ahora ocupáis.

—Exacto. Tal vez por eso dispusimos desde el principio de una sólida base industrial. Eres inteligente, Tad. Me gustas. Algún día tú sucederás a Samuel Pino en la jefatura de los ejércitos uropes.

No supe qué responder y ella añadió:

—También, después de la gran victoria contra los mercas, vosotros instauraréis una dinastía. Tú podrías ser el primer rey Claro que para ellos debes ser astuto.

—Y tú podrías ayudarme.

Me pasó la mano por el cuello y me atrajo hasta sus labios. Los noté cálidos y no pude resistirme a ellos.

—Lo haré. Cuando los mercas sean exterminados…

Calló de pronto y me miró un poco asustada, pero yo sonreí, tranquilizándola.

—No te preocupes. Sam me contó su proyecto secreto que vosotros le habéis impuesto en cierta forma.

—¿La invasión al norte cuando los mercas sean vencidos en los valles?

—Ajá.

Me condujo hasta el lecho. Me senté y ella, delante, se desprendió de la túnica. Se echó sobre mí y la dejé hacer.

* * *

Cuando al día siguiente regresé al campamento me estaba esperando tío Jacob. Su pipa estaba apagada, como su semblante.

—Sobrino, hemos tenido algunos encuentros con mercas —dijo —. Seguramente se trataba de patrullas exploradoras. La invasión está a punto de producirse.

Me giré para Ver unos camiones que se habían detenido delante de una gran fosa. Me dirigí a ellos. El tío me siguió.

—Los cazamos como moscas; tuvimos suerte. ¿Adónde vas?

—Quiero verlos.

Me detuve al borde de la fosa. De los camiones empezaron a arrojar dentro cadáveres mercas. No era la primera vez que los veía, pero quería asegurarme que eran monstruos, seres mutantes que ya nunca podrían volver a ser seres humanos. Mientras que nosotros los enterrábamos, ellos recogían de los campos de batalla nuestros propios muertos para devorarlos.

—Posiblemente no sean culpables de los errores que cometieron sus antepasados —murmuré.

—¿Qué dices? —preguntó mi tío.

—Me han contado cómo los mercas provocaron un accidente en su Arca al pretender llegar a este planeta varios meses antes que las demás naves, tío. Querían estar establecidos y convertir en esclavos a los pasajeros de las demás Arcas.

—Bueno, se dicen muchas cosas —asintió él—. Es posible que sea verdad, no lo sé.

—Los satis lo saben. Ellos no perdieron los registros que trajeron desde la Tierra.

—¿Y qué tiene que ver eso ahora?

Me encogí de hombros.

—No estoy seguro, tío; pero no me gusta que jueguen con nosotros.

Y me marché en busca de Ana, dejando a Jac confundido.

Se lo conté todo a Ana y ella me escuchó impasible. Sólo omití que me había acostado con Yanlu. Tal vez más adelante también se lo contaría, después del parto.

—Hay algo raro en todo esto, Ana. Tú no estabas equivocada cuando descubriste aquel día marcas en el blindado merca que

inducían a pensar que había sido fabricado por los satis.

—Al parecer tu estancia entre los satis te ha abierto los ojos —dijo mirándome fijamente.

Yo no supe hasta qué punto ella había adivinado la verdad. Bajé la cabeza y luego la alcé para mirar al cielo.

—Sí. Apenas terminemos con los mercas en los valles nos traerán todo lo necesario para organizar una expedición al norte. No daremos a esos mutantes. Antes que llegue el otoño habrán desaparecido como nación.

—¿Y nosotros?

Entonces la miré. Nos estábamos entendiendo muy bien, al parecer.

—Lógicamente estaremos muy agotados después de las batallas. Y cuando volvamos del norte, al borde de la extenuación.

—Sí, tú lo has dicho. Es lo previsible.

Miré hacia la tienda de Sam. Cerca de ella estaban aparcados varios vehículos con emblemas satis.

—¿Qué hacen? —pregunté.

—Son asesores que desde ayer están trazando con Sam el plan de defensa para contener a los mercas. ¿Te han dicho que se han detectado ya la presencia del enemigo?

—Sí. He visto cómo se enterraban sus cadáveres.

—Los hemos aniquilado sin una baja. Somos buenos luchadores.

—Me pregunto… Bueno, quiero decir que me gustaría conocer los planes defensivos que los satis han proporcionado a Sam.

* * *

Sólo entré en la tienda de Sam cuando los satis se habían marchado, bien entrada la noche. Felipe, Virgilio, Lope y mi tío estaban allí, cambiando las últimas impresiones.

Encontré a Sam eufórico. Hablaba sin cesar. Me saludó con entusiasmo, lamentándose que no hubiese estado allí antes.

—Pero te explicaré yo mismo el pían, muchacho —añadió.

—Magnífico —dije.

Me hice el remolón y sólo permití que Sam me contase el plan cuando me quedé a solas con él.

Extendió unos planos. Unos planos impresos por los satis, muy detallado.

Cuando Sam hubo terminado me miró ansioso, esperando mi opinión.

—Creo que es bastante bueno, Sam —dije.

—¿Sólo bastante bueno? ¡Es magnífico, muchacho! Todo está calculado. Los mercas avanzarán en un frente de diez kilómetros, seguro. La última vez fracasaron cuando intentaron penetrar con delgadas cuñas.

—¿Tú has pensado que avanzarán en un frente tan amplio?

—Lo han predicho los satis. Y yo estoy de acuerdo con ellos. Los exploradores han traído informes que los satis han interpretado. Si ellos dicen que los mercas atacarán por este valle, así será.

—¿También han predicho nuestras bajas?

—¿Bajas? En todas las batallas han de haber bajas, ¿no? Pues claro que es probable que tengamos bajas. Seguramente un veinte por ciento, pero la mayor parte serán heridos, que podrán recuperarse.

—Pero que no podrán participar en la invasión nuestra al país merca, desde luego.

—Nos quedarán suficientes tropas y blindados, muchacho. Además, si tú has vuelto de la costa habrás visto que los satis no están preparando cientos de blindados y tanques, qué ellos nos traerán aquí. Será material nuevo, que nos evitará usar el que utilicemos en la batalla de los valles.

—¿Qué fuerzas marcharán al norte?

—Casi todas; las que queden en condiciones, claro.

Asentí. Volví a mirar el plan. Pedí a Sam una copia de éste y me la entregó con cierto malestar, tal vez porque estaba frustrado al no encontrarme tan entusiasmado como él.

Aquella noche, en compañía de Aria, estudié el plan hasta que me dolió la cabeza.

CAPÍTULO IX

La madrugada del día que esperábamos la llegada del gran ejército merca, tal como había prometido Lanyu, llegó a la retaguardia un gran convoy compuesto de blindados, camiones, armas, municiones y vituallas.

El plan de defensa y posterior ataque ideada por los satis y aceptado por Sam era sencillo. El valle por donde iban a aparecer los mercas era grande, bordeado de colinas. Nuestro ejército se dividiría en tres, como en la vez anterior. Yo estaría en el centro con intención de contener a los mercas durante algún tiempo, el suficiente para que desde las colinas los otros dos cuerpos de ejército, al mando de Sam y tío Jacob, atacasen cuando el enemigo estuviese más ocupado intentando romper nuestras defensas. Se suponía que para entonces ellos habrían descuidado los flancos y el avance en forma de cepo del resto de nuestras fuerzas sobre ellos decidiría la batalla.

Después de asegurarme que los mercas no llegarían hasta el punto preciso al menos hasta dentro de cuatro o cinco horas, ordené que un capitán al mando de una compañía me siguiese, en camiones, hasta unos kilómetros más al sur, donde los satis estaban concentrando el material de reserva.

A Numen, el capitán, le había dado la noche antes las instrucciones precisas. Numen tenía mi misma edad aproximadamente y de niños habíamos jugado juntos. Podía confiar en él. No haría preguntas. Sólo actuaría.

Veinte kilómetros después llegamos hasta los bosques donde los diligentes satis estaban concentrando el material de reserva, que una vez terminada la batalla debíamos usar para la invasión al norte.

No esperaba verla allí. Lanyu salió a recibirme, un poco sorprendida.

—Tad ¿qué haces aquí? Los mercas están a punto de llegar.

Miré hacia el bosque. Los satis seguían tranquilamente con su trabajo. De un camión salió Jonluot y se dirigió a nosotros. Él estaba más sorprendido que Lanyu por mi presencia allí.

—Quería ver todo esto —dije abarcando con el brazo los contornos.

—¿Suponías que no íbamos a cumplir con nuestra palabra? —sonrió irónica la muchacha sati.

—De ningún modo sonreí a mi vez e hice la señal a Numen para que actuase. Mientras mis hombres se desplegaban hacia el bosque, añadí:

—Pero este material lo necesito ahora.

—¿Qué dices? —gritó Lanyu.

Los satis no se esperaban aquello y no opusieron resistencia, pero Jonluot empezó a sacar un arma de su blusa. Yo disparé antes y le destrocé el codo de un certero balazo.

Asustada, Lanyu retrocedió de mí, como si de pronto me hubiese convertido en el diablo.

—No te preocupes, Lanyu, el trabajo será terminado. Ya no podemos retroceder: los mercas serán destruidos si los dioses nos ayudan; pero mis hombres no morirán en el número que vosotros habéis calculado. La nación urope no quedará tan debilitada después de esta batalla como vosotros hubieseis deseado.

—Estás ofuscado, Tad —dijo ella intentando avanzar hacia mí. Pero mi actitud y el arma que sostenía la hicieron quedarse allí—. Yo te amo, y cuando tú seas el amo de estas tierras podemos unir a nuestros dos pueblos y…

—Cállate. Si caí en tus brazos fue para que creyeses que era un imbécil. Mientras tú dormías estuve algunas horas inspeccionando el material que ahora habéis traído. Y también descubrí otras cosas. ¿Es preciso que te las diga ahora?

Enfundé la pistola y me acerqué a ella. Sin miramiento alguno te hizo dar la vuelta y le até las manos a la espalda. Mis soldados habían reducido hasta el último. Algunos hombres quedaron allí para vigilar a los prisioneros, mientras que los demás montaron en los blindados y los pusieron en marcha, con dirección al norte. Cada blindado arrastraba uno o dos camiones. En los bosques no quedó vehículo alguno.

Me llevé consigo a Lanyu. Me decía a mí mismo que podía servirnos como rehén, aunque la verdad es que no conocía la respuesta.

Ya teníamos el decorado preciso. Recé mientras regresábamos para que los mercas no hubiesen anticipado su avance.

* * *

Por el transmisor y usando la onda secreta que habíamos establecido, Ana me comunicó, cuando ya tenía el valle a la vista, que Sam estaba impaciente por hablar conmigo desde las colinas del flanco de la derecha.

La tranquilicé y establecí contacto con Sam.

—Por el Arca, Tad, ¿dónde te has metido? —estalló la voz furiosa de Sam—. Quedamos en que estarías siempre a la escucha, ¿no?

Me disculpé y escuché pacientemente sus últimas instrucciones. Los exploradores aseguraban que los mercas llegarían al valle antes de una hora. Le respondí dándole seguridad de que todo estaba correcto y corté la comunicación.

Una hora.

No quedaba mucho tiempo.

Todos los hombres asignados a mi pequeño ejército se comportaron de forma extraordinaria. Obedecieron las órdenes sin rechistar y cincuenta minutos más tarde todo estaba cómo Ana y yo habíamos planeado. Parecía imposible.

Entonces llamé a tío Jacob.

—Todo está dispuesto, tío —le dije.

Su respuesta tardó unos segundos:

—Bien, sobrino, espero que no te hayas equivocado. De todas formas estoy contigo y haré lo que me digas.

—Gracias —repliqué, soltando el comunicador sobre los mandos de mi blindado.

Ana desató a Lanyu, pero le advirtió que si intentaba escapar no dudaría en disparar contra ella.

No pude, conseguir que Ana se marchase de allí. Yo miraba su abultado vientre con temor, asustado.

Noté su mirada de Lanyu sobre mí y al volverme la vi sonreír.

—Tadeo Sierra, si encontrases el medio tratarías de evitar esta batalla, ¿no es así?

—Seguro, princesa —asentí—. Pero reconozco que es imposible. Y admito que no es posible la convivencia con los mercas. Pero no me gusta la idea de destruirlos.

—Son caníbales, monstruos —añadió Lanyu.

—En cierto modo tus antepasados tuvieron la culpa.

—No sé qué quieres decir…

—Son conjeturas, pero pienso que vosotros, es decir tus antepasados, sabotearon el Arca de los mercas. Y ellos al intentar llegar a este planeta antes que nadie provocaron el escapé radiactivo. También lo prepararon todo para que sólo vuestra Arca llegase intacta. Así los demás pueblos estarían en condiciones de inferioridad tecnológica respecto a vosotros y algún día podríais ser los dueños absolutos de todo el mundo.

Ana dijo:

—Te olvidas de las bombas, Tad.

—Sí, las bombas —repetí, mirando de vez en cuando hacia el frente—. Pero os faltaba el material fusionable, que sólo existe en este mundo en las tierras que los mercas ocuparon. Los mercas apenas lograron levantar una industria bélica. Su material siempre fue deficiente. Entonces vosotros, después de muchos esfuerzos, lograsteis pactar con ellos. A cambio de material de guerra os entregarían uranio, un uranio rico, no la pobre pecblenda que siempre habéis conseguido de los uropes.

—Tu fantasía no tiene límites, Tad —silabeó la mujer sati.

—Ya tenéis el uranio y dentro de unos años las bombas vacías estarán en condiciones de someter a los pacíficos afras y a los uropes que queden después de la trampa que nos teníais preparada. Dueños de este planeta, con esclavos a vuestro servicio, ya nada os habría impedido reparar el Arca, construir más y volver al espacio para conquistar más mundos.

—Es preciso pensar en el futuro. Este planeta no posee muchas tierras habitables, casi todo es agua —respondió Lanyu—. Debemos tenerlo todo dispuesto para las futuras generaciones, pero que no les ocurra lo mismo que les sucedió a los desgraciados compatriotas que tuvimos que abandonar en la Tierra. La emigración no debe

demorarse hasta el último instante.

—Es un deseo loable, pero que me repugna porque se quiere conseguir a cambio de la destrucción de mi pueblo y la esclavitud de los afras. No lo conseguiréis.

Lanyu no respondió. Por su actitud deduje que mis palabras no eran una sarta de hipótesis huecas.

El vigía me anunció:

—¡Señor, los mercas!

Y en aquel mismo instante Sam me avisó por el comunicador que el ejército merca estaba pasando delante de ellos.

—Son más de mil blindados, miles de soldados en camiones y otros vehículos ligeros —añadió. Parecía asustado—. Cubren un frente superior a lo previsto. Es… es como si todo el pueblo merca se hubiera lanzado a la guerra.

Jac me comunicó lo mismo. Dije a Lanyu.

—Todo estaba previsto. Incluso tus hombres insinuaron a los mercas que sólo atacando de frente podrían vencer a los uropes. Y ellos, ese estúpido jefe que tienen, Dronovan, les creyó. Por eso habéis insistido ante San para que aceptase el plan.

—¿Es que no es un buen plan? Está pensado para que vosotros obtengáis una victoria.

—¡Oh, sí, claro! Pero una victoria que nos costará casi la mitad de nuestros efectivos. Cuando no quede un solo merca en el valle, nosotros, enloquecidos por la sangre y las muertes de nuestros hermanos, montaremos en esos blindados de reserva, que están dispuestos para averiarse apenas avancen unos cientos de kilómetros, con unos cañones que reventarán apenas efectúen dos o tres disparos. ¡Qué pocos uropes hubieran podido regresar de las tierras mercas!

Me desentendí de ella, rabioso. Ascendí hasta la torreta del blindado, sentándome junto al artillero. Miré por los binoculares.

Nadie de los flancos se había dado cuenta aún que los blindados y camiones situados al final del valle estaban vacíos. Nosotros estábamos detrás, a unos dos kilómetros.

Llegaron los mercas y dispararon contra las unidades situadas delante de nosotros. Y siguieron avanzando.

Me pregunté qué estaría pensando en aquellos momentos Sam.

Según el plan sati el grupo de Jac debía atacar primero.

Mientras no lo hiciese, Sam no se movería de las posiciones.

Los mercas pasaron por entre las humeantes ruinas de más de cien blindados y casi doscientos camiones. Los muy estúpidos aún no parecían haberse dado cuenta de que allí no había un solo cadáver humano que posteriormente llevarse a la boca.

Vi un gran tanque, con una insignia que reconocí porque Sam me la había descrito como la del Jefe Dronovan. Marchaba al frente, decidido.

En aquel momento, Sam me llamó. Su voz ronca gritó a través del comunicador:

—¿Qué está pasando? Me han dicho que los mercas han sobrepasado unas líneas de blindados que no han disparado un solo cañonazo, Tadeo, ¿me escuchas?

—Sí, Sam. Todo marcha bien. Los tenemos a unos mil metros de nosotros. Ya no están tan extendidos. Creo que se están juntando excesivamente.

Efectivamente, los mercas, desde que destrozaron los inmóviles blindados, avanzaban en un frente que no superaban los dos kilómetros. Era lo que pretendamos. Mis blindados y cañones se extendían mucho más allá, formando un semicírculo. Ellos habían creído que su avance seguiría siendo tan fácil, que nosotros apenas teníamos montado un frente de doscientos metros o poco más.

—Esto no me gusta, Tad —gritó Sam—. Voy a ordenar a Jac que baje de las colinas y ataque los flancos del enemigo. Yo haré lo mismo.

—Ni se te ocurra, Sam. En estos momentos tío Jacob se dirige a la retaguardia enemiga.

—¿Quién ha ordenado el cambio de planes?

—Yo.

—¡Te puedo fusilar por desobediencia!

—Es posible, pero si tú no haces lo que yo te diga no podrás tener esa oportunidad porque antes los mercas habrán acabado con todos nosotros. Escucha, Sam, te lo podré explicar todo luego, cuando acabe esto. Pero ahora haz lo que yo quiero. Cuando recibas una indicación de Jacob lanza tus blindados sobre los mercas que traten de huir. No dejes uno.

—¿Por qué has hecho esto, Tad? Nunca te gustó el plan de los satis, ¿verdad?

—No. Yo quiero vencer sin apenas tener bajas. Y vamos a conseguirlo, porque es preciso para que sigamos siendo fuertes. Cuando hayamos vencido a Tos mercas nuestros enemigos seguirán existiendo.

—Los satis, ya veo que te refieres a ellos. Al final has creído a Ana, que decía que los satis también proporcionaban armas a los mercas. ¡Qué estupidez!

—Tengo las pruebas, que te mostraré más tarde. Ahora tengo que cortar. Los mercas están encima.

Dejé el comunicador. Al pasar la mano sobre mi reseca boca la noté húmeda. Di la orden para que los blindados y cañones disparasen.

Al mismo tiempo, las cargas explosivas situadas a la retaguardia del enemigo estallaron. Y la gasolina dispuesta reventó, lanzando un mar de fuego sobre la infantería merca.

Disparábamos sin cesar, moviéndonos sin descanso. Las baterías también cambiaban sus emplazamientos.

Los mercas empezaron a reaccionar, a comprender que les habíamos tendido una trampa.

Eran muchos esperándonos en número y su jefe, aunque estúpido engreído, era valiente hasta la temeridad.

El gran tanque con el pabellón del Jefe Dronovan se movió entre sus oscilantes líneas maltrechas, intentando reorganizar el avance.

Entonces ordené que mis unidades se fuesen retirando hacia las puntas del semicírculo, reforzándolas al mismo tiempo que debilitábamos el centro.

No estaba muy convencido de que los mercas fuesen a caer de nuevo en de aquel engaño, pero así lo habíamos dispuesto Ana, Jac y yo. Sólo Samuel estaba fuera del plan, pero estaba convencido que no tendría más remedio que obedecerme.

El comunicador estaba abierto y escuché a mi tío pedir a Sam que marchase hacia el sur, a combatir a los mercas, hostigándolos desde las alturas de las colinas. Eso quería decir que las fuerzas de Jac ya estaban en marcha, marchando paralelamente al avance de los mercas y destrozando su retaguardia y flancos.

Los mercas podían habernos dado aún un gran disgusto deteniendo su avance y haciendo frente a los ataques en la retaguardia, pero su Jefe estaba ofuscado y no interrumpían la

marcha ciega.

Nuestras líneas ya se habían dividido en dos grupos. El enemigo empezó a pasar por el hueco abierto.

Dejamos de disparar durante unos minutos, mientras los blindados mercas pasaban a unos cientos de metros de nosotros, siempre en dirección sur, como si hacia aquel punto estuviese su victoria.

Conté aún muchos blindados enemigos. Todavía marchaban cientos de camiones con tropas, pero éstos eran los más castigados. Muchos mercas corrían como desorientados por entre los vehículos.

Empezaron a tabletear las ametralladoras pesadas y aquellas figuras indefensas empezaron a ser abatidas.

De nuevo abrirnos fuego, cuando avistamos los dos grupos propios que seguían a los más rezagados vehículos mercas.

Todo el valle era una batalla. Se combatía por todas partes.

Los mercas iban dejando un rastro de cadáveres y blindados, camiones y toda clase de vehículos que ardían y estallaban cuando las llamas alcanzaban los depósitos de municiones.

Todas las previsiones se estaban cumpliendo, excepto en lo tocante a las reservas enemigas. No habíamos previsto que su número fuese tanto. Aunque les habíamos destruido casi la mitad de sus efectivos aún eran muchos, casi tantos como nosotros, que por el momento y milagrosamente, apenas habíamos tenido bajas.

Me pregunté hasta cuándo las avanzadillas mercas seguirían su loca marcha hacia el sur sin detenerse. ¿Es que aquel Dronovan no se daba cuenta que aunque él creyese estar conquistando tierra urope estaba siendo derrotado, dejando su rastro de bajas?

Durante horas seguimos así. Mis dos grupos tuvieron que ponerse en marcha para no dejar de tener contacto con la cabeza enemiga. Lamentablemente nuestras baterías de tierra no pudieron seguirnos y aquello me preocupó. Nuestra capacidad de Fuego había disminuido, por lo tanto.

El valle terminaba en unos estrechos pasos rocosos, de varios cientos metros de largo. Al otro lado existía un páramo calcinado por el sol, sin una brizna de vegetación.

Aquel lugar podía ser la tumba del ejército invasor de Merca.

Pero Dronovan iba a darnos una desagradable sorpresa todavía.

CAPÍTULO X

Antes de llegar al final del valle, y cuando aún faltaba cierta distancia para alcanzar los pasos rocosos, el enemigo se detuvo, sus blindados giraron y nos opusieron sus cañones.

El fuego cesó repentinamente y se produjo un brutal silencio.

Yo ordené detener nuestro avance cuando rebasamos los últimos vehículos enemigos que ardían sobre el pasto.

La columna de Sam, la más cercana a mí, hizo lo mismo.

Mercas y uropes nos estuvimos observando largos minutos.

Pero Dronovan había maniobrado inteligentemente demasiado tarde para él. Sus efectivos eran mínimos ya. Apenas contaba con un par de docenas de blindados en condiciones de seguir combatiendo, además de los camiones atestados de soldados, que tal vez pensó en utilizar como fuerza de ocupación, para cuidar los inmensos corrales donde debía pensar recluir a un sojuzgado pueblo urope.

Ana asomó la cabeza.

—¿Qué sucede?

—No lo sé. Si no fueran mercas éste sería el momento para pedirles que se rindan.

—Eso sería lo último que hagan —dijo Lanyu desde el interior del blindado.

Yo estaba de acuerdo con ella. Los mercas podían tener embrutecidos sus cerebros, pero no eran tontos y sabían que no les daríamos cuartel como ellos nunca lo dieron a nosotros durante tantos años.

De pronto sucedió algo imprevisible.

Las cajas de los camiones se abrieron y cientos, quizás miles de mercas, corrieron hacia nosotros. Gritaban mientras blandían en sus manos objetos metálicos, seguramente bombas incendiarias.

Gritamos órdenes y todas las ametralladoras abrieron fuego

contra aquel desesperado ataque.

Fue impresionante ver como aquellos desgraciados mutantes caían sobre la tierra, como una masa descompuesta. Quien resultaba herido volvía a levantarse, y renqueando seguía corriendo, hasta que una ráfaga lo volvía a tumbar.

Inconcebiblemente, algunos mercas lograron llegar a suficiente distancia para arrojar sus bombas. Dos o tres blindados empezaron a arder, pero casi todos sus componentes lograron saltar a tiempo.

Cuando volvimos a mirar hacia el grupo de tanques enemigos, éstos retrocedían hacia los pasos, disparando sus cañones.

Cogí el comunicador y por la onda general, dije:

—Tío Jacob, córtales la retirada. Sam, nosotros iremos tras ellos.

Por parte del grupo de Jac me contestó Virgilio, el segundo en el mando. No me dio explicación alguna, pero no escuchar la voz de Jac me infundió malos presagios.

Empero, Virgilio estuvo a la altura de las circunstancian. Su entrada en el combate desde la derecha, disparando y avanzando al mismo tiempo, bloqueó dos o tres pasos entre las rocas. Los, mismos blindados mercas los obstruyeron.

El gran tanque de Dronovan consiguió entrar en el paso de mayor anchura, seguido de dos más. Unos doce también intentaron llegar allí, pero Sam, al frente de un grupo de sus tanques, se les interpuso.

Presencié una corta y cruenta batalla. Los mercas fueron destruidos, pero también cayeron varios de los nuestros.

Aquello me exasperó. ¡Quería evitar nuestras bajas, aunque la batalla se prolongase! Sam había cometido una equivocación, aunque tal vez lo acontecido le había trastornado. Hasta entonces había sido el jefe y yo le había arrebatado el mando. La victoria que teníamos al alcance de la mano con insignificantes bajas le impedía pedirme explicaciones, castigarme. Ya todo el mundo debía saber que yo era quien había dirigido la batalla con la ayuda de Jacob.

También debí perder la serenidad. Me olvidé de todo, de que Ana estaba conmigo y arriesgaba inútilmente su vida y la del hijo que llevaba en sus entrañas.

Ordené al conductor que corriese hacia el tanque del líder merca.

Entramos como un huracán en el paso. Disparamos.

Los dos blindados que seguían a Dronovan estallaron ante nuestros disparos.

Pasamos por su lado. Tableteó la ametralladora aniquilando a los mercas que intentaban escapar del fuego iniciando en sus vehículos.

Dos o tres mercas huían y nuestro tanque les pasó por encima.

Delante nuestro, el blindado de Dronovan seguía huyendo.

Me pregunté adonde pensaba ir. Estaba solo, sin esperanza alguna de poder escapar. En los depósitos de combustible de su blindado no tenía el suficiente para intentar regresar a sus tierras. Tendría que dar un rodeo demasiado largo.

Grité al conductor que acelerase todo lo posible.

Me respondió que no podía más, que el motor estaba al límite.

Entonces hice una indicación al artillero para que disparase.

Era un tiro difícil, pero el segundo destrozó las cadenas del tanque merca, que giró como una peonza y se quedó inmóvil, a unos doscientos metros de nosotros.

Entonces dispuse que nosotros también nos parásemos. Y me pregunté qué debía hacer entonces.

De nuevo el silencio, que llegaba de forma inesperada después del fragor de una batalla.

Tomé una metralleta y salí de la torreta. Varios mercas iban saliendo del tanque averiado. Empezaron a correr, alejándose de nosotros. Alguien surgió de una tronera, llevando una bandera desgarrada en una mano y un arma en la otra.

Desde lo alto del inmovilizado tanque, disparó contra los que huían. Era Dronovan, que había aniquilado a los hombres que escapaban.

Entonces el jefe de los mercas bajó de su inmóvil monstruo metálico, aferrando el palo de su insignia. Tiró el arma y cogió una granada incendiaria de uno de los caídos.

Avanzó hacia, nosotros, lentamente, arrastrando una pierna.

Yo terminé de salir del blindado y me situé, de pie, en la parte delantera. Entonces me fijé que varias veces habíamos sido alcanzados, que nuestro blindaje había sido mordido por los impactos, aunque sin graves consecuencias.

Dronovan era un merca alto, gigantesco. Seguía caminando hacia mi blindado, ignorando la herida de su pierna por la que se

escapaba un reguero de sangre. Alzó su mano, mostrando la granada que llevaba.

Fueron unos segundos que parecieron durar una eternidad. Alcé la metralleta y apunté.

Hubiera querido gritarle que se detuviese o dispararía, pero comprendí cuán inútil hubiese resultado.

Vi su rostro. Pude observar la brutalidad de sus facciones, ahora incrementadas porque estaban alteradas por la amargura de la derrota.

El jefe merca se detuvo, blandió la triste bandera y echó hacia atrás la mano que agarraba la granada.

Disparé.

Las balas explosivas casi le partieron el cuerpo a la altura de la cintura. La granada resbaló de sus dedos y estalló al tocar el suelo. Una bola de fuego cubrió a Dronovan.

Pensé que había sido una épica muerte para el jefe de un pueblo maldito.

Ordené el regreso.

* * *

Tío Jacob sólo estaba herido, pero Sam había muerto en el último instante de la batalla.

Lo primero que hice fue asegurarme de que nuestros heridos fuesen atendidos. Enterramos nuestros cadáveres, pocos, e incineramos los cuerpos de los mercas rodándolos de gasolina.

Estaba agotado, pero aquella misma noche decidí reunir a los jefes de grupos.

Les debía una explicación.

En sus ojos leí perfectamente que me reprochaban haber alterado los planes iniciales, aunque los resultados obtenidos les impedían expresarlo de viva voz. Me pregunté que habrían hecho conmigo si nuestras bajas hubieran sido, al menos, las previstas por Sam.

Pero en su comportamiento hacia mi persona había respeto.

Alrededor de una mesa de madera, mientras en el exterior caía la tarde y se trabajaba intensamente, les dije:

—Ahora ya sabéis la verdad. Los satis querían usarnos para acabar con los mercas y al mismo tiempo debilitarnos hasta tal punto que nos habrían dominado pese a que aquéllos odian la guerra y apenas disponen de tropas.

Virgilio me miró.

—¿Qué piensas hacer? Sam tenía un plan que tú cambiaste. ¿También piensas cambiar la segunda parte?

—¿Te refieres a la invasión de las tierras mercas?

—Sí. Puedes responderme que eso era lo que querían los satis, pero pienso que si queremos vivir tranquilos, sin estar amenazados desde el norte, ahora que al parecer lo estamos desde el sur, no debemos desaprovechar esta oportunidad.

Moví la cabeza, admitiendo que tenía razón.

—Pero no habrá necesidad de usar el material deficiente que los satis querían que usásemos en la invasión, que nos habría dejado allí inmovilizados. Incluso los pocos mercas que deben quedar habrían dado buena cuenta de nosotros antes de acabarlos.

—¿Qué decides, Tadeo Sierra? —preguntó Lope atusándose su grueso bigote.

—Tenemos blindados y los usaremos. Es preciso conquistar las tierras del norte, apoderarnos de los yacimientos de uranio de los mercas para que los satis no puedan terminar sus bombas nucleares. Pero al mismo tiempo tenemos que arrojar hasta el último sati de este continente.

—¿Y los afras? —preguntó mi tío.

—Ellos han luchado bien a nuestro lado. Pueden ser nuestros aliados. En realidad no congenian con los satis. Lo sensato es enviar una fuerza al norte mientras los demás se ocupan de destruir las factorías satis de estas tierras, echarles para siempre.

—Confíame cien blindados y tres mil hombres y yo te prometo que dentro de dos semanas no quedará un merca vivo —dijo Virgilio.

Le miré y luego consulté con mi tío Jac confiaba en Virgilio. Decidí confiar yo también.

—De acuerdo. Hazlo. Nosotros nos encargaremos de limpiar este continente.

Cuando se hubo marchado Virgilio, Felipe preguntó, intranquilo:

—Tendremos que luchar contra los satis, ahora, ¿no?

Me alcé de hombros.

—No lo sé. Creo que no. Ellos se retirarán a su continente. No tienen capacidad de lucha. Les dejaremos tranquilos mientras no nos molesten. Es posible que ninguno de nosotros veamos ese día, pero llegará el momento que tendremos que vivir en paz en este mundo, usándolo para conquistar a otros. O…

—¿Por qué no terminas de decir la segunda posibilidad? —me apremió Jac.

—Porque es triste. O tendremos que luchar contra ellos, destruirles, antes que nos aniquilen.

Salí de la tienda. En el exterior se estaba formando una columna de blindados y de camiones. No faltaban voluntarios para ir a luchar contra los mercas en sus propias tierras. Virgilio sabía infundir entusiasmo en la ya exaltada tropa, embriagada por la reciente victoria.

Vi a Ana, cerca, se volvió al escuchar mis pasos.

—Pareces triste —dije tornándola por los hombros.

—Siempre se está cuando han muerto hermanos.

—Pero no tantos como querían los satis. Somos fuertes, más que nunca.

—También me entristece pensar que la vida ya no será como siempre la conocí. Ya no viviremos distanciadas las familias unas de otras, cazando, pescando en los ríos, reuniéndonos sólo en las ferias para cambiar impresiones y contar a cuántos mercas hemos matado. Todo será distinto.

—Es posible, pero también inevitable.

—He hablado con esa mujer, con Lanyu. Está triste, pero resignada. Le he prometido que la soltaremos dentro de unos días.

—Y así será. La dejaremos marchar cuando esté a punto de partir el último barco sati —miré preocupado a mi compañera—. ¿Habéis hablado mucho?

—Sí —ella miró al frente, rehuyéndome—. Me contó que una vez te dijo que tú serías el rey de la nación urope, que entonces te reíste de ella. Pero parece que no se equivocaba.

—No quiero ser rey.

—O jefe, o presidente de una república, lo que sea, pero tú tienes que mandar a los uropes durante mucho tiempo o éstos dejarán de ser una nación para volver a ser un montón de familias

dispersas, fácil presa para las maquinaciones de los satis.

—¿No te contó nada más? —pregunté guturalmente.

Después de un tenso silencio, Ana sonrió y respondió:

—No. ¿Tenía que contarme algo más?

Moví la cabeza negativamente.

En aquel momento pasaban grupos de combatientes delante nuestro. Nos vieron y empezaron a vitorearme.

Tragué saliva y ruborizado, les saludé. Se alejaron cantando, llamándome jefe, su victorioso jefe.

Ana soltó una carcajada.

—Debes ir pensando la forma de gobierno para este país, querido.

—Cualquier cosa menos una monarquía hereditaria —sonreí palpando el abultado vientre de Ana—. No quiero jugarle una mala pasada a mi hijo.

—Podría ser una niña, ¿no?

—¿Y qué? Las mujeres han demostrado que saben luchar como los hombres.

La columna mandada por Virgilio se ponía en marcha. Con su brazo vedado, pero aún lleno de vigor, tío Jacob se acercó y me dijo:

—Sobrino, todo está dispuesto para marchar hacia la costa. Al amanecer estaremos allí. Los hombres podrán descansar durante el camino.

—Pues en marcha. Cuanto antes acabemos, mejor.

FIN